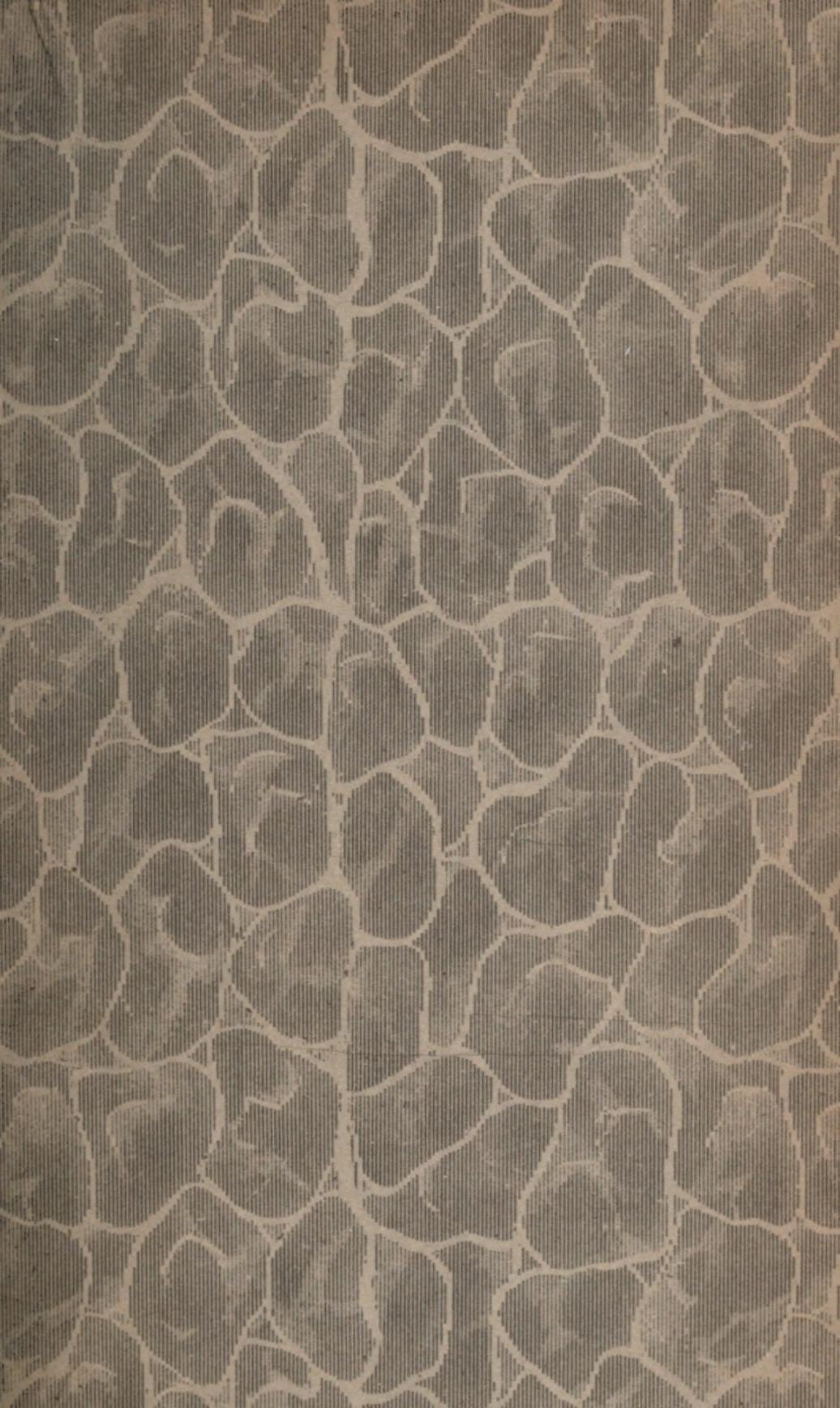




3 1761 05251783 6





VÓRTICE

DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

- CAPIROTAZOS. Sátira y crítica.
FIEBRES. Poesías.
TRIQUITRAQUES. Críticas.
EL P. COLOMA Y LA ARISTOCRACIA. Crítica.
SOLFEO. Sátira y crítica.
BATURRILLO. Crítica.
NOVELAS EN GERMEN. Cuarta edición.

EN PRENSA

- GRAFOMANOS DE AMÉRICA. Primer tomo.
Á FUEGO LENTO. Novela.
SINTIÉNDOME VIVIR.

EN PREPARACIÓN

- LA NOVELA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA. Dos tomos.
LITERATURA AMERICANA. Tres tomos.
VESANIA. Novelas cortas.



Puili Bobadilla

EMILIO BOBADILLA

(FRAY CANDIL)

VÓRTICE

POESÍAS

(6.^a edición)

CARTA-PRÓLOGO

DE

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, 48

1902

282320
4 2 53

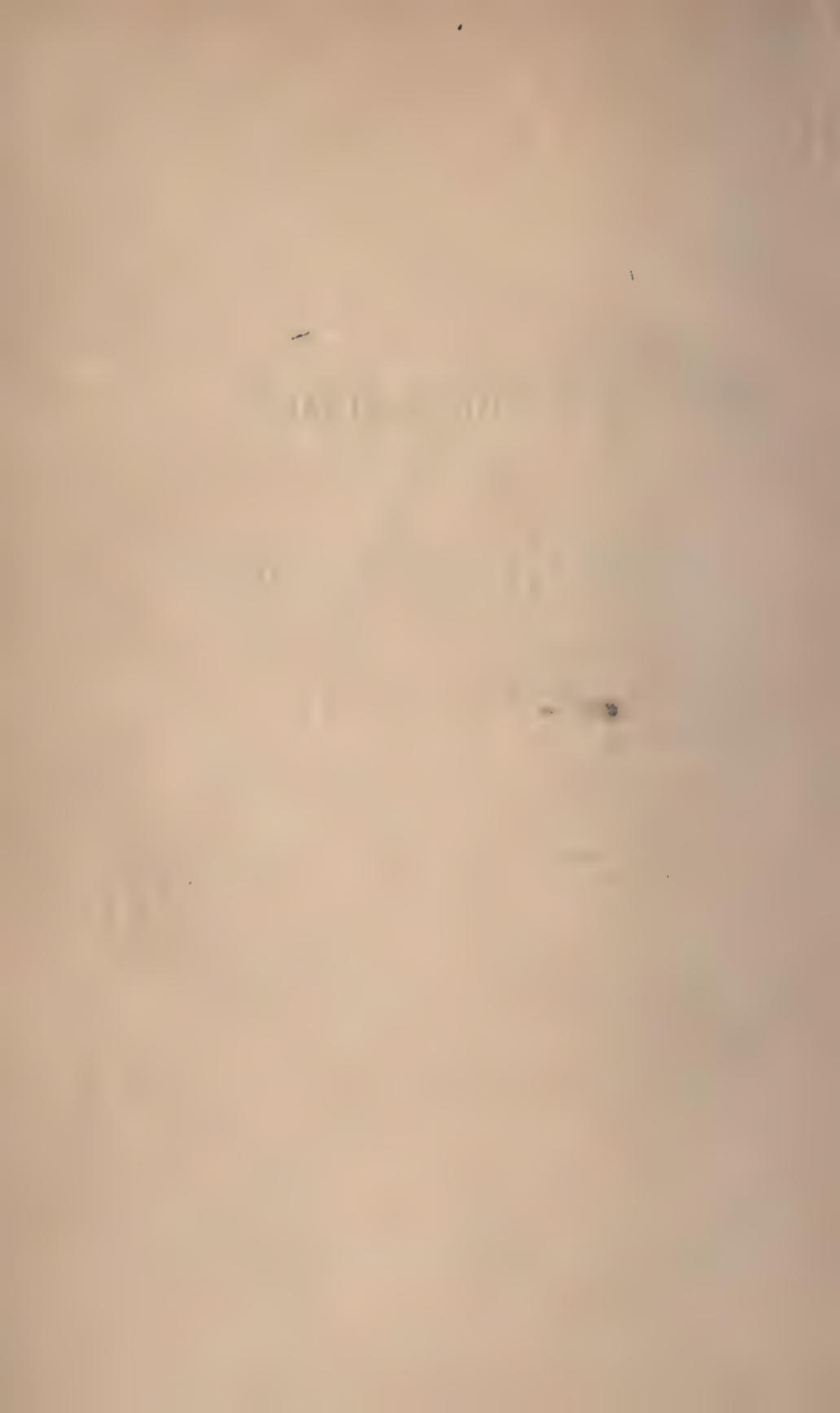


Es propiedad.

A LA MEMORIA DE MI PADRE

EL DOCTOR

D. JOSÉ SIXTO BOBADILLA



Paris 8 Octobre 1901.

MONSIEUR EMILIO BOBADILLA.

Vous le voulez donc, à toute force, mon cher poète, que je vous écrive mon sentiment sur votre livre? J'ai longtemps hésité. J'hésite encore en vous écrivant. Je ne me reconnais guère d'aptitude au métier de critique. Je sens mieux que je ne juge. J'ai toujours repugné à gâter volontairement mes jouissances et je n'ai pas le goût de mêler le vinaigre au miel. Je serais, n'est-ce pas? un bien mauvais critique. Je ne puis être qu'enthousiaste ou indifférent.

Pour vous, je ne me sens pas indifférent. J'ai lu vos vers, je les ai relus et, je le dis tout naïvement, j'ai pris grand plaisir à les lire. Tel est le fond de ma pensée. Ajouterai-je qu'il me semble y découvrir quelques traces du désenchan-

tement et du pessimisme coutumiérs de Campoamor, avec des élans de lyrisme et des éclats de sonorité et de couleur étrangers au poète nerveux, subtil et un peu sec des *Doloras*? Dirai-je que vous avez peut-être étudié non sans profit, notre Théophile Gautier, prosateur accompli et parfait rimeur, dont je retrouve par fois dans vos vers la précision colorée, et ce Henri Heine qui sut mêler de si merveilleuse façon la grâce et l'ironie françaises à la rêverie germanique?

Mais à quoi bon vous chercher des ancêtres ou des parrains? Vous êtes avant tout, vous même et bien de votre temps, un investigateur d'âmes, un carieux de gouffres nouveaux, un explorateur d'abîmes.

Autant qu'il m'est permit de le dire de poèmes qui ne sont pas écrits en français, vous me paraissez avoir mis une langue nette, pure, souple, harmonieuse et brillante au service d'idées neuves et hardies, de sentiments amers ou tendres, de sensations exaspérées par toutes les fièvres modernes. Amoureuse ou triste, ironique

ou violente, votre poésie, si elle est parfois trouble et troublante, n'est jamais vulgaire.

Les critiques d'Espagne jugeront peut-être partial ce jugement rendu par un poète en faveur d'un autre poète. Je ne réclame leur indulgence que pour moi seul. Vous avez, en outre de la Lyre qui sais emouvoir les pierres et qui peut dompter les tigres et les lions, d'autres armes, des armes de bonne prose, offensives et défensives que, si j'en crois la Renommée, vous maniez en maître. Quant à moi, je n'ai d'autre excuse à mon outrecuidance, que le plaisir que j'ai pris à vos poèmes et l'aveu que je fais ici de l'état délicieux d'ivresse où me ravit le son des vers écrits dans cette noble langue castillane dont les beaux mots semblent faits pour représenter les choses plus grandes et plus belles.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

París 8 de Octubre de 1901.

SR. D. EMILIO BOBADILLA.

¿Quiere usted á todo trance, mi querido poeta, que le dé por escrito mi opinión sobre su libro? He vacilado largo tiempo y vacilo aún al escribirle.

Apenas reconozco en mí aptitudes de crítico. Siento mejor que juzgo. Me ha repugnado siempre echar á perder á sabiendas mis goces, y no gusto de mezclar el vinagre con la miel.

¿Verdad que debo de ser un crítico muy malo?

Mi alternativa es ésta: ó entusiasta ó indiferente.

Respecto de usted no permanezco indiferente. He leído y releído sus versos y lo confieso ingenuamente: me han producido un gran deleite. Tal es el fondo de mi pensamiento. ¿Añadiré que se me antoja descubrir en ellos algunos vestigios de la desilusión y el pesimismo habituales de Campoamor, y arranques de liris-

mo y resplandores de sonoridad y de color, ajenos al poeta nervioso, sutil y algo seco de las *Doloras*? ¿Diré que tal vez ha estudiado usted—no sin provecho—á nuestro Théophile Gautier, prosista excelente y rimador perfecto, del cual hallo á veces en los versos de usted la precisión pictórica, y á aquel Henri Heine que supo aunar tan maravillosamente la gracia y la ironía francesas con el desvarío germánico?

Pero ¿á qué buscarle á usted antepasados ó padrinos?

Usted es, ante todo, quien es, y pertenece del todo á su tiempo: un escudriñador de almas, un excavador de profundidades nuevas, un explorador de abismos.

En cuanto me es permitido juzgar de poesías no escritas en francés, opino que emplea usted una lengua tersa, pura, flexible, armoniosa y brillante, poniéndola al servicio de ideas nuevas y audaces, de sentimientos amargos ó tiernos, de sensaciones exasperadas por todas las fiebres modernas.

Enamorada ó triste, irónica ó violen-

ta, su poesía de usted, si en ocasiones turbulenta y perturbadora, nunca peca de vulgar.

Los críticos españoles acaso tilden de parcial este juicio favorable que merece á un poeta otro poeta. No reclamo su indulgencia sino para mí solo.

Usted posee, á más de la lira que sabe conmover las piedras y que puede domar tigres y leones, otras armas: las de la buena prosa, ofensivas y defensivas, que, al decir de la Fama, maneja usted como un maestro.

Cuanto á mí, no tiene otra excusa mi temeridad que el regocijo que me han despertado las poesías de usted y la confesión que publico en estas líneas del estado de embriaguez deliciosa en que me ha sumido la armonía de versos escritos en esa noble lengua castellana, cuyas palabras diríanse forjadas para representar las cosas más grandes y más bellas.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

(Traducción de E. B.)

Après avoir souffert, il faut souffrir encore;
il faut aimer sans cesse, après avoir aimé.

(*La Nuit d'Août*. Alfred de Musset.)

C'est ainsi que s'en va la vie, ballotée
comme un canot par les vagues, de droite à
gauche, de haut en bas, mouillée par l'onde
amère, puis salie d'écume, puis jetée au ri-
vage, puis reprise par le caprice des flots...

(H. F. Amiel, *Fragments d'un journal inti-
me*. Págs. 109 y 110, tomo I.)

MACB.—Life's but a walking shadow; a poor player,
That struts and frets his hour upon the stage,
And then is heard no more: it is a tale
Told by an idiot, full of sound and fury,
Signifying nothing.

(Shakespeare. *Macbeth*. Act. V. Scene V.)

O sacro tedio, onde fanciullo, piena
lo sentivo la triste anima mia,
E mi turbasti quasi di follia
Quell' età che per altri è più serena...

(Angelo Orvieto. *Al tedio*.)

Mi musa.

A Rafael Merchán.

E bacci e strilli sul' accesa bocca
Mesconsi: ride la marmorea fronte
Al sole, effuse in lunga onda le chiome
Fremono a' venti.

(G. Carducci. *Preludio.*)

Yo no soy un artífice impasible
de retórica cepa,
que el diccionario rima
y lo indigente del idioma increpa
cuando no logra á su labor dar cima,
y en penosas vigiliass se consume
la estrofa acicalando con la lima.

De mi espíritu ardiente y espontáneo,
que al sol, de par en par, abre las alas,
las varias emociones versifico

sin torturarme el cráneo,
y á las externas y pomposas galas
el pensamiento nunca sacrífico.

Yo quiero que mi verso, al ser vertido
en extranjero idioma,
no pierda ni vigor ni colorido,
ni marginal aclaración exija,
como queda el aroma
del licor trasegado, en la vasija.

Mi musa, fuerte y joven, no se pinta,
ni oronda se contempla en el espejo
como llorando la belleza extinta
pide al cristal animador consejo.

No busca en empolvada biblioteca,
de la paciente y sabia miopía
con la nerviosa mueca,
arcáica y pedantesca poesía.

Vive la vida intensa
de la pasión que delirante llora:
como la mar, inmensa,
como la mar también, arrolladora.

Sus pulmones sanguíneos oxigena
en el viento libérrimo que sopla
de un polo al otro, y el espacio atruena;
y su pensar autónomo no acopla
al popular aplauso que adocena
y que prefiere la maligna copla
á la alta inspiración, noble y serena.

Ama, sueña, apostrofa,
melancólicamente filosofa;
con elegiaca voz cuenta sus penas,
y la caliente estrofa
sale bañada en sangre de sus venas.

De la naturaleza el panorama
con regocijo voluptuoso admira,
y el aire que en los bosques se embalsama
como una bestia indómita respira.

.....
.....

¡Cuántas noches de vela, oh musa mía,
cuando todo reposa como envuelto
en la quietud de lo que ya no existe,
en mi alcoba de pronto apareciste,
desnudo el torso y el cabello suelto,
y me besaste, enamorada y triste,
con un beso en tus lágrimas disuelto!

Y allí, sobre mi lecho,
la soñadora frente reclinaste
 compasiva en mi pecho,
y al través de su ritmo intermitente
lamentaciones sordas escuchaste,
como al través de balbuciente orquesta
se percibe en el campo, á media noche,
el lejano rumor de la floresta.

Tú mis pesares íntimos conoces,
de mi hondo cavilar eres testigo,
¡y qué inefables y escondidos goces
debo á los ratos que pasé contigo!

No me abandones; tu presencia sola
 mis inquietudes calma,
¡y hasta imagino á veces que mi alma
con tus dulces caricias se acrisola!

El único consuelo
de mis tristezas incurables eres,
tú, á quien lo más recóndito revelo,
tú, superior á todas las mujeres,
aurora, tarde y noche de mi cielo!

La campana.

¡Oh campana lenta como la agonía,
cuánta poesía

brindas al ensueño que á tu voz despierta,
á tu voz que canta la melancolía
y el silencio tibio de la tarde muerta!

Con tañido alegre, gutural y grave
al nacer nos cantas y al morir nos lloras,
como canta el ave

á soles difuntos y á nuevas auroras;
y aun después de muertos, con dolientes sonos,
en las pensativas, solitarias horas,
piedad por nosotros, de los corazones,
de los corazones contritos, imploras!

Fiebres.

I

De pronto, consternado me pregunto:
—¿Y he de morir también y mi memoria
se borrará como se borra todo,

se perderá en la sombra?

—Sí, tienes que morir, y nada tuyo
respetará la sorda acción del tiempo.

Pero ¿por qué te afliges?

¿Qué te importa el olvido estando muerto?

II

Como quien huye de un incendio, huyo
de mis propios recuerdos;
pero ¡ay! que me persiguen tenazmente
como la sombra al cuerpo.

Quiero olvidar, vivir como las plantas,

y, por mi mal, no puedo...
¡Oh voluntad mezquina, de qué vales!
¡Y tú, para qué sirves, pensamiento!

III

Cuando á solas estoy me siento bueno,
capaz de toda acción noble y sincera,
y cuando con los hombres me reúno,
me siento con instintos de pantera.

Bogotá.

El cotillón.

A Eduardo Ferrer.

L'orchestre est las, les valse meurent...

(Sully Prudhomme. *La Valse.*)

I

El baile comienza:

los finos violines, las flautas melosas
balbucen un valse
que á poco se alarga y solloza
con flotante ritmo
de furtivas ondas.

Las hembras, el seno desnudo,
crujiendo la dúctil cadera redonda,
ceñidas al hombre, suspiran jadeantes
como en el espasmo de secreta cópula.
Al poker en tanto los maridos juegan,

y en aquella atmósfera
de afeites, perfumes y de simulacros
de escenas de alcoba,
al ataque entregan de los libertinos,
al ataque hipócrita,
sus propias mujeres y sus propias hijas
que después de un baile ¡saben cada cosa!
Ellos imaginan que acabado el baile,
al alma nerviosa
que excitaron roces y palabras lúbricas,
volverá el reposo con la nueva aurora.

II

El salón de pronto
se convierte en fonda,
en fonda elegante,
florida y ruidosa.

El *buffet* comienza: las caras sonríen,
y de los rincones, en la semi-sombra,
se oyen al vuelo fragmentos de diálogos
y picantes bromas.

El champán chispea
con áureas burbujas en diáfanas copas;
los ojos se encienden
y los senos laten y tiemblan las bocas...

III

Las primeras luces
del alba clorótica asoman,
y por las rendijas y entre el cortinaje,
como una mirada sin ojos ni órbitas,
resbalan tiñendo de pajizos tonos
los muebles, los bronces, las caras, las ropas.

La orquesta enmudece;
unas tras de otras
se van las parejas y queda la sala
muda y melancólica.
Se abren los balcones;
con lesiva pompa
los rojos purpúreos de luz de Bengala
del sol las reliquias del baile coloran...

IV

Mientras los maridos duermen á sus anchas,
ellas se revuelven en la cama ansiosas
con la calentura de las emociones,
los ojos abiertos, sedientas las bocas...

Y en la concertada cita clandestina
de un amor naciente que el marido ignora,
piensan, arrulladas por el son dormido
de lascivas danzas que en su insomnio forjan.

París. 1900.

Amanece.

Le grand soleil, plongé dans un royal ennui,
Brûle au desert des cieux...

(Sully Prudhomme. *Le lever du soleil.*)

Amanece. La luna
con su cara de muerta desfallece
entre el claror de anemia en que el espacio
soñando se aletarga.

Atisbos rubicundos de la aurora,
de la sanguínea aurora, por las cumbres
asoman. La arboleda

sus ramas despereza rumorosa
como si el sueño sacudiese. El río
solloza en su corriente de diptongos;

desde lejos la vaca
acaricia al ternero

con mugido nasal, humeante y largo...
y en el silencio matinal, de pronto
resuena el canto retador del gallo,

como clarín de guerra
en medio de dormido campamento.

La aurora se derrama
en copiosa hemorragia de colores,
y el ancho panorama
flota en ruidos, aromas y fulgores.

Santander. 1893.

El templo abandonado.

¿Dónde posar la fatigada frente?
¿Dónde volver los afligidos ojos?

(G. Núñez de Arce. *La duda.*)

 Mi cielo está vacío,
mi templo está desierto
y todo en él exhala
el aroma de olvido de lo muerto.

 Ni un solo sér penetra
 en su recinto obscuro,
 salvo las sabandijas
que suben y descienden por el muro.

 En soñolienta ronda
espectros mudos, graves
—recuerdos de recuerdos—
se encogen y se alargan por las naves.

La araña del fastidio
tendió por las paredes
que la humedad socava,
el polvoriento encaje de sus redes.

El ara está caída,
sin voz el campanario
y ya ni las cigüeñas
anidan en su hueco solitario.

Por la quebrada puerta
de tarde en tarde el viento
se cuela y se dilata
en prolongado y lúgubre lamento.

¡Oh pobre templo mío,
abierto ayer á todo,
y hoy, sordo y taciturno,
cerrado para siempre á piedra y lodo!

Bogotá, 1898.

Marina.

A Núñez de Arce.

Au loin brillante encore par sa barre d'écume
La mer sans fin commence où la terre finit.

(J. M. de Heredia. *Le soleil couchant.*)

El sol enorme franja
de múrice y naranja
en horizontes ilusorios deja,
y de la playa, díscolo y remiso,
el mar, siempre traidor, nunca sumiso,
con respirar de asmático se aleja.

En vaga perspectiva
la inmensidad de arriba
con la de abajo se confunde y borra,
y de un cielo sin luz, plomizo y laso,
la luna va saliendo paso á paso
como flotando en estival modorra.

Tiembla del mar el agua
con fulgencia de fragua
en el lindero donde el sol aún arde,
y, ya casi extinguidos, desde lejos
retroceder parecen los reflejos,
como un adiós postrero de la tarde.

La penumbra desfleca
con instantánea mueca
silencioso relámpago que huye,
zurciéndola después rápidamente,
y un claror insinuante y transparente,
como de nácar, de los cielos fluye.

De súbito fulgura
la móvil masa obscura
con vivo resplandor de plata y oro;
los astros vierten su mirada gualda,
y al sentir tanta luz sobre la espalda,
el mar se agita con vaivén sonoro.

Cartagena de Indias.

Fiebres.

I

En el mundo interior cuántos impulsos
mueren, que no percibe la conciencia,
cual los pequeños círculos de un lago
que á la distante orilla nunca llegan.

Sorprenderse á sí propio oyendo el ruido
de la asonada interna,
¿no es indicio alarmante
de que el alma está enferma?

II

No respondió la realidad irónica
á la ilusión que me forjé de tí.
Por eso—y no por móviles recónditos—
por eso no volví.

No busques en abstrusas metafísicas
lo que á la vista del más ciego está.
¡Oh resistencia de las almas débiles
á ver la realidad!

III

¡Quién pudiera mirar el universo
con el visual poliedro de la mosca,
ó interpretar la vida con el simple
cerebro del gorila ó de la foca!

Nuestra fatal esclavitud es esa:
vivir siempre encerrados en nosotros:
¡tocarlo todo con las mismas manos
y verlo todo con los mismos ojos!

IV

¡Déjame y vete! Hasta tu voz me hiera.
No quieras, no, con estudiados besos
cicatrizas heridas que aún supuran.
Has muerto para mí. Ya ni el recuerdo
de los pasados y amorosos días,
como un beso de luz, mi pensamiento
enfermo y solitario tornasola...
¡Has muerto para siempre, has muerto, has muerto!

Bogotá.

O desiata verde solitudine
Lungi al rumor de gli uomini!

(G. Carducci. *Ruit Hora.*)

Bogotá melancólica,
¡cómo oprimes el pecho
con tus cerros ingentes, con tus cerros sombríos,
megaterios deformes que enigmáticos duermen
paleolítico sueño
con ensueños de siglos!

¡Cuántas noches al verte
en tu cripta de moles dormida
á la luz de la luna,
en fantástica óptica,
de remotas edades y decrepitas razas
ví el doliente desfile de lúgubres sombras!

Bogotá melancólica,
tu silencio de ruínas,

tu silencio de muerta ciudad insepulta,
¡cómo cae sobre el alma,
sobre el alma que llora tristezas ocultas!

En tus noches diáfanas
de lunas enormes en cielos de ópalo,
vaga la leyenda, la leyenda inédita
buscando la estrofa
de ritmo sonoro,
que la infunda vida,
que la dé colores, nervios y contornos.

Sollozan los crepúsculos
de tus místicas tardes
—en que el rosa y el oro y el nácar fundidos
encienden con pálidos besos el aire—
la errante melodía
de las cosas tristes, de las cosas viejas,
de las cosas idas...

Tu sabana inmensa
de otoñales tonos, que la móvil mancha
de rebaños blancos
salpica ondulando como un mar en calma,
remeda en su verde reposo
el silencio augusto, el silencio antiguo
de la augusta y serena campiña romana.

Hasta tí no llega,
Bogotá nostálgica,
ni el estruendo hirviente
de la catarata

que enarcando el lomo de espumantes crines
entre abruptas peñas su raudal derrama,
de la catarata que en las soledades
de tus selvas vírgenes,
el solemne monólogo entona de sus turbias aguas.

Hasta tí no llega
su trueno sonoro,
ni el iris que el sol en sus curvas combina
alegra tu rostro,
tu rostro en que flota la penumbra tétrica
de vetusto y dormido cenobio.

.....
.....

Bogotá melancólica,
tu silencio de ruínas,
tu silencio de muerta ciudad insepulta,
¡cómo cae sobre el alma,
sobre el alma que llora tristezas ocultas!

Como eres.

Yo soy ardiente, yo soy morena.

(G. A. Becquer. *Rimas*.)

El cabello negro,
muy negros los ojos,
iguales y blancos los dientes
y los labios rojos.

La frente convexa,
largas las pestañas
que móviles patas parecen
de oscuras arañas.

Las caderas anchas,
la cintura prieta
y el seno redondo que al mármol
insolente reta.

La sonrisa alegre
y el hablar vibrante
que en ráfagas tibias de rosa
tiñe tu semblante.

En tu andar hay algo
del andar sedecio

del tigre que va por el bosque
rendido de sueño.

De los libertinos
la vulgar lisonja
tu vano amor propio recoge
cual agua una esponja.

El amor sincero,
puro, desconoces;
que sólo tus nervios sacuden
genésicos goces.

Y el amor á eso
se reduce, al cabo,
que es raro el amor que no sea
de la carne esclavo.

Las más de las noches
en ruidosa orgía,
de alcohol y de besos borracha,
te sorprende el día.

No soy catequista
ni ofenderte intento:
virtudes y vicios emanan
del temperamento.

Allá el mojigato,
allá el zamacuco
y todos aquellos que tienen
el alma de estuco,

que hagan aspavientos...
no me escandalizo,
pues siempre lo malo disculpo
cuando lo analizo.

Sevilla. 1890.

Fiebres.

I

Cuando acudí á la cita que me diste
y ví que me burlabas, una ola
de sangre enrojeció toda mi cara
y el corazón se me asomó á la boca.
¡Ay de tí si te encuentro aquella tarde!
¡Ay de tí si mis celos se desbordan!
Mas como todo lo ocultó mi orgullo,
lo que me hiciste padecer ignoras.

II

—Adiós—te dije tras un largo beso
que hervir hicieron tus copiosas lágrimas.
—Dí: ¿volverás, mi vida?—y de tus ojos
brilló en lo obscuro una sonrisa amarga.
Taciturno salí como quien deja

á alguien que muere, en lúgubre aislamiento;
y ahora que el mar inmenso nos separa,
¡quiero llorar también, pero no puedo!

III

Déjame reclinar sobre tu falda
la cabeza, de paz menesterosa
y rendida de análisis y sueños
como un árbol de frutos y de hojas.
Y de la vida, así, breves instantes
olvidaré la fatigosa carga,
mientras tus manos blancas se deslizan
sobre mi frente con rozar de alas...

Paris. 1897.

Noche triste.

Ton rôle ici-bas c'est d'être un amoureux,
l'éternel amoureux.

(Georges de Porto-Riche, *Amoureuse*, acto I, es-
cena VI.)

Te ví salir, de noche, de su casa
y me quedé petrificado y mudo,
y después tu silueta fugitiva
seguí, como un borracho, dando tumbos.

A poco me repuse. De matarte
sentí furioso raptó;
pero en mi auxilio vino de repente
la reflexión y desarmó mi brazo.

—Mi dolor con tu muerte
—pensé—no se atenúa,
y tu muerte no arranca de mis ojos
la imagen de tu frágil hermosura.

Y en examen sutil, en que disculpas
alegaban mi amor y mi congoja,
se enfrascó mi aturdido pensamiento
y tu silueta se perdió en la sombra...

Madrid. 1888.

Recordar.

¡Recordar! Símbolo triste
de algo que ya no concuerda
con lo que al presente existe.
Parece que el que recuerda
á su propio entierro asiste.

Visión frágil que al huir
sombra tan sólo dejó,
como la tarde al morir.
¡Ay, no se vuelve á vivir
lo que un tiempo se vivió!

Bogotá. 1898.

La especie humana.

Ni guerras, ni catástrofes geológicas,
ni epidemias voraces,
ni matanzas de déspotas sombríos
logran aniquilarme.

Secreta fuerza como al mar me empuja
y tengo, como el mar, bruscos vaivenes:
aquí me hundo derrotada y vieja,
y me levanto allá joven y fuerte.

Madrid. 1900.

Pasión.

La flamme immense endort les hommes et
[les bêtes...

(J. M. de Heredia. *La visión de Khèm.*)

De Julio los besos sonoros
ruedan por los campos
en ondas calientes de líquidos oros.

La tierra bermeja,
verde y amarilla, llena de forúnculos,
enorme tatuaje brillante semeja.

Los trigos llamean,
y á trechos el rubio vaivén de sus olas
salpica la mancha de sangre
de las amapolas.

Canta la cigarra
entre los racimos de ampollas cobrizas
de la sarmentosa, polvorienta parra.

Sus elefantinas y verdes orejas
el plátano inclina,
y al través del tronco de la vieja encina
con gotas de ámbar
llora la resina.

Y las mariposas,
con trémulo salto que apenas es vuelo,
el multicoloro papel de sus alas
agitan besando la boca á las rosas
bajo los azules venosos del cielo.

Entre la espesura
los nidos sisean;
como lentejuelas, de los manantiales
los chorros chispean,
y con prolongados trinos musicales
los pájaros, ebrios de sol, aletean.

El potro olfateando á la yegua relincha,
el toro dilata sus anchas ventanas
nasales y muge,
y todo de lúbrica savia se hincha,
salta, suda y cruje.

El mar espejeando respira
con blandos sollozos de voces humanas
lejanas,
y en lánguidos círculos gira
con la azul sonrisa
del lago dormido que muerde la brisa.

De Julio los besos sonoros
ruedan por los campos
en ondas calientes de líquidos oros...

Después de una orgía.

Rotting from sire to son, and age to age...

(Byron.)

¡Cuán despreciables la mujer y el hombre
también cuán despreciable!

¡Ay, á veces quisiera
no haber nacido!... ¡Ah, seres miserables!
¡La razón, la razón! Luz indecisa
que sólo sirve, en ignominia tanta,
para alumbrar el fondo tenebroso
de nuestra corrupción hereditaria.

El expreso.

A la estación dormida, á media noche,
llega humeando el expreso;
por el andén divagan las siluetas
de unos cuantos viajeros.

Silba y arranca intrépido arrastrando
su vertebral columna de vagones,
sobre puentes que tiemblan, bajo túneles
al través de los llanos y los bosques.

La arboleda, á su paso, huye girando;
torrentes de verdura
sus flancos acarician, y la sombra
de la noche su rojo vientre alumbra.

Dejas en el villorrio más humilde
gérmenes de progreso;
pero te llevas ¡ay! la poesía,
la triste poesía de lo viejo.

¡Pobres artistas!

¡Cuán dignos sois de compasión, oh artistas!
¡Qué pocos son, qué pocos
los que en la vida íntima os comprenden!
Sois artistas, quizá, porque sois locos.

Como el águila sois: sólo en la cumbre
vuestro pulmón respira; en viva lumbre
vuestra pupila penetrante nada,
y en el hogar prosáico
os sentís como el águila enjaulada.

Lo que se ve de diario se desdeña,
lo que se tiene cerca no se estima,
aun las cosas más bellas.
Del sol, ¡cuán aburridas
deben de estar acaso las estrellas!

Cuando te dije adiós...

La maîtresse idéale est celle
qu'on peut quitter.

(Georges de Porto-Riche. *Amou-
reuse*, acto II, escena III.)

En sollozos y lágrimas rompiste
cuando te dije adiós y para siempre,
y abrazándote á mí, cual mustio lirio
doblegaste la frente.

De mi cansado corazón el ritmo
no alteró tu congoja,
que á escenas de dolor está habituado
como el médico viejo á las autopsias.

Madrid.

La vida.

La vida es una escala que se eleva del mineral, en que insensible duerme, á la planta, en que sueña sin ensueños, y de la planta al bruto, en que palpita, y de la bestia al hombre, en que solloza porque tiene conciencia de que existe... Del universo el hombre es la conciencia solitaria y omnímoda.

Roma.

Cosas muertas.

De mi pobre mesa en un ángulo duermen
la estrofa empezada,
fragmentos de libros y apuntes borrosos
y amarillas cartas.
En silencio yacen,
yacen enterrados
bajo el polvo triste,
bajo el polvo pálido
que amontona el tiempo
sobre todo aquello que forma el pasado.
¡Pobres pensamientos, pobres emociones,
cómo oléis á muerto,
á olvidados muertos que en silencio llaman
con hálitos acres al sepulturero!

Madrid.

Siempre igual.

En esta misma alcoba
y sobre el mismo lecho,
¡quién sabe si mañana
sonarán otros besos!

Y las mismas palabras
que murmuré á tu oído,
te dirán unos labios
que no serán los míos.

Y llorarás acaso
como por mí lloraste,
y hasta las mismas dudas
volverán á inquietarte...

¡Oh corazón humano!
Como las manecillas
de un reloj giras siempre,
señalando hoy las mismas

horas de ayer isócronas
que volverás iguales
á señalar mañana
con tic-tac invariable
sobre la misma esfera,
sobre la misma esfera inalterable!

Madrid.

París.

«Les esclaves d'amour ont tant versé
[de pleurs!]

(A. Chénier. *Bucoliques.*)

¡Oh tierra del amor, del amor libre!
¡Con qué piedad cristiana
cubres de rosas, que tu llanto riega,
la tumba de tus grandes cortesanas!

El amor para tí no es el pecado
que hipócrita moral juzga que infama:
es virtud que redime,
es la vida que ríe, llora y canta.

Tú sabes que la vida
es pasajera, triste y enigmática,
que se vive una vez y que la muerte
como una vorágine se traga
hasta el recuerdo. Gozas,

fingiendo en torno tuyo no ver nada,
y en las alas de oro del relámpago,
 como sombra fantástica,
entre el rumor de apasionados besos
y caricias sin nombre, ardiente pasas,
dejando en pos de tí fugaz reguero
de rosas, de sonrisas y de lágrimas...

París. 1900.

La travesía.

Del férreo trasatlántico la hélice
abre en la piel del mar tuberculosa
ancha herida que sangra
remolinos de espuma bullidora.

Por la móvil llanura solitaria
arrastra el acerado carapacho,
y el maderamen cruje y todo suena
con retumbo de trueno subterráneo.

Se suceden monótonos los días
como las mismas olas, siempre airadas,
y á donde quiera que se vuelve el ojo,
el ojo no ve más que cielo y agua.

En el estrecho camarote yace
nauseabundo el viajero,
suspirando abatido y anheloso
por el lejano puerto...

Fiebres.

I

En torno de mi roca
hierve la mar con furia noche y día;
ni yo entiendo su extraña glosolalia,
ni ella comprende las tristezas mías.

Pasan torrentes de olas como pasan
generaciones que no acaban nunca...
Como nosotros ¡ay! la mar ignora
á dónde va y la fuerza que la empuja.

II

Hay días en que siento
pesar sobre mi espíritu afligido
toda la decadencia de mi raza
y toda la tristeza de mi siglo.

III

Como un náufrago extendiendo
sobre las olas de mi vida inquieta
los ojos ¡ay! buscando en lontananza
alguna blanca vela...

Paris. 1899.

En los lagos suizos.

Formidabile azzuro! io guardo e penso...

(Arturo Graf.)

¡Oh calma cerúlea
de los lagos suizos!

Parece que el cielo disuelve en las aguas
el añil plumizo,
el añil plumizo de sus largas tardes,
de sus largas tardes de tórrido estío.

¡Cómo por las curvas
de la cordillera resbala el ensueño,
y al son silencioso de su verde ritmo,
de su verde ritmo se aquietan los nervios!

¡Oh cerúlea calma
de los lagos suizos!

¡Oh arrullo del agua que rompe en las peñas
con blando rüido,
bajo el palio inmenso de un cielo sin nubes,
de un cielo sin nubes color de zafiro,

como el del plumaje del pavón, obscuro,
obscuro y sedoso,
que vibra flotando,
que vibra flotando entre chispas de oro!

Lugano. 1896.

Íntima.

A mi hermana Hortensia.

Dormi? Dormi? Ella no rispose mai...

(Gabriel d'Annunzio.)

Las noches de lluvia y frío
del invierno tenebroso
me entristecen,
y ¡ay! hacia el desamparo
de mi pobre madre muerta,
mi aterido pensamiento melancólico se vuelve.

En humilde camposanto
el último sueño duerme
sola, sola,
mientras zumba el viento fuera
remedando humanos ayes
y la lluvia se desgrana sobre el mármol de su fosa.

¡Y yo sé que ya no sufre,
que está muerta para siempre...
muerta, muerta...!

Y al oír que zumba el viento,
que la lluvia incompasiva, monotonamente, cae, cae...
—¿Tendrá frío, tendrá frío?—se pregunta mi tristeza.

El buey.

A F. Pi Margall.

¡Oh manso buey uncido!
Te envidio algunas veces. Tú no miras
la carretera inmóvil que se alarga
ante el fijo cristal de tu pupila,
ni vuelves la cabeza
hacia las huellas que con lento paso
en el calizo polvo
tu elástica pezuña va dejando.

Ignoras el recuerdo;
la sensación presente te domina,
y bajo el peso que te abruma, acaso
por la pradera ausente no suspiras.

En la humedad mecánica no brillan
de tus abiertos ojos
ni la tristeza intelectual del hombre
ni tus perdidos ímpetus de toro.

Tus ojos son como el cristal de un lago:
reflejan impasibles y uniformes
el lánguido silencio campesino
y la línea sin fin del horizonte.

Venezuela. 1899.

Anarquismo embrionario.

Sono cento, son mille, son milioni...

(Ada Negri. *I vinti.*)

—¿Ves ese coche que rodando pasa
con insultante y llamativo lujo?

—Sí.

—Pues ese coche que rodando pasa
con insultante y llamativo lujo,
no será para tí.

¿Ves ese hermoso y colosal palacio,
mansión del bienestar y la riqueza?

—Sí.

—Pues ese hermoso y colosal palacio,
mansión del bienestar y la riqueza,
no será para tí.

¿Ves esa hembra de arrogantes formas
que al que la paga bien su cuerpo entrega?

—Sí.

—Pues esa hembra de arrogantes formas
que al que la paga bien su cuerpo entrega,
no será para tí.

—¡Ay! nada de eso que la vida alegre,
el temor alejando de la muerte,
¿se ha hecho para mí?

¿Acaso por ser pobre no soy hombre?

—El hospital, la cárcel ó el suicidio...
¡eso sí es para tí!

París. 1900.

Silencio nocturno.

Nuit mélancolique et lourde d'été,
pleine de silence et d'obscurité...

(Paul Verlaine. *Paysages tristes.*)

Lentamente se esfuma de la noche
en la sombra el follaje.
La brisa cariñosa va entornando
mis párpados. Acuden blandamente
á mi descolorido pensamiento,
proyectando sus pálidas siluetas
en la penumbra azul de mis ensueños,
recuerdos melancólicos, más tristes
que los sauces inmóviles que alargan
su verde neurastenia sobre el río.

Sólo á ratos se escucha entre la yerba
el ruido de un insecto que se arrastra,
ó el golpe seco de madura fruta
que se desprende por sí sola y cae
sobre las hojas muertas...

Normandía, 1895.

La carne.

En tí mezcló naturaleza inicua
¡oh pobre humana carne!
las más ruines pasiones
con los sueños más grandes.

Y todas tus virtudes,
y todos tus ensueños y grandezas,
no podrán impedir que te corrompas
y que en mísero polvo te conviertas.

París. 1900.

Crepuscularia.

Vien l'ora — de le tenebre...

(A. Fogazzaro. *La Sera.*)

¡Qué triste es el crepúsculo, qué triste es el crepúsculo:
se parece á la vida, se parece al amor!

¡Qué triste es el silencio, qué triste es la agonía
de una puesta del sol!

Al par de los murciélagos, al par de los murciélagos
que salen de sus nidos de la penumbra en pos,
los sentimientos lúgubres, las lágrimas sombrías
salen del corazón...

Pisa.

La envidia.

En vano disimulas; te conozco:
tu pálido semblante, tu sonrisa
irónica y glacial, tus ojos grises
y aviesos que de frente nunca miran
y tu voz incolora... te delatan.
Te conozco hace tiempo. ¡Eres la envidia!

Paris. 1898.

Ir viviendo.

Viendo retratos míos
de mi primera juventud, ¡cuán triste
me parece la vida,
cuán tornadizo todo y cuán risible!

En mi rostro de entonces
no hay arrugas ni rictus de cansancio,
y en mis labios no vaga la sonrisa
sardónica y mordaz del desengaño.

Hoy conozco á los hombres;
he luchado con ellos, y en la lucha
perdí candor y ensueños como quiebra
al ave incauta el vendaval las plumas.

París. 4899.

Tus ojos.

Beaux yeux, versez sur moi vos
[charmantes ténèbres.

(Ch. Baudelaire.)

Por tus ojos que sueñan despiertos
voluptuosas caricias resbalan,
cual rizos fugaces que forma temblando,
que forma temblando la brisa en el agua.

Cuando vierten su luz vespertina
al través de las rubias pestañas,
parecen luceros que brillan dormidos,
que brillan dormidos entre azules gasas.

Como esencia difunden las violas,
resignados dolores exhalan,
que dejan un rastro de melancolía,
de melancolía sugestiva y lánguida.

De la tarde que muere, la lumbre,
del invierno glacial, las mañanas,
en tus ojos buscan, cual busca el artista,
cual busca el artista tristezas y lágrimas...

Londres.

Fiebres.

I

Voy perdiendo ilusiones
á medida que vivo, una tras otra,
como á medida que el otoño avanza
van perdiendo los árboles las hojas.

¿Qué quedará, en resumen,
si con los años ¡ay! siguen cayendo?
El recuerdo no más, lejano y mustio,
como del árbol queda el esqueleto.

II

Si las alfombras de oro
te cubriese, en que pisas,
acaso—no lo niegues—
como le quieres hoy, no le querías.

La excesiva riqueza
suele engendrar la anemia y el fastidio,
y en los amores pobres las mujeres
descubren un placer secreto y vivo.

III

¡Cómo viene el olvido! Una tras otra
las emociones pasan; las ideas
como las olas de la mar se empujan
y unas encima de las otras ruedan.

Vivir es ir muriéndose. Las células
de tanto funcionar al fin se rinden.
¿Cómo no han de morir las emociones,
si la emoción sin célula no existe?

IV

No me juzguen vencido,
porque me ven á ratos abatido,
los que son incapaces
de comprender la sorda efervescencia

de los hombres tenaces,
de hondo sentir y pensamiento alto,
que si tienen del tigre la indolencia,
tienen también el salto.

París.

Mi madre.

Yo no cerré tus ojos moribundos
ni recogí tu postrimer suspiro,
ni tu cadáver al sepulcro vieron
llevar los ojos míos.

Por eso, á este pesar que me atolondra,
consolación buscando, aunque ficticia,
huyo la realidad y me figuro
que vives todavía.

Bogotá, 1899.

Paisaje.

En una niebla gris que se disuelve
en el borroso ambiente de un diseño,
la noche melancólica se envuelve
bostezando, nostálgica, de sueño.

La luna cadavérica naufraga
en el golfo de tinta de una nube,
y la vida parece que se apaga
en el vapor que de la tierra sube.

Todo en silencio sepulcral se hunde,
silencio que ningún ruido profana:
sólo de tarde en tarde la campana
su metálico son lenta difunde
como remedo de una voz lejana...

Bogotá.

Fiebres.

I

En sus embriagueces tempestüosas
tu lujuria volcánica y sombría
tiene las apariencias dolorosas
de una larga agonía.

II

Ni una flor, ni una carta, ni un retrato...
¡Nada que te recuerde me dejaste!
Del fondo de mi opaco pensamiento
te evoca mi dolor á cada instante,
y ante mis ojos apareces muda,
envuelta en la penumbra del pasado,
ungiendo con el óleo de tus besos
mis ateridos labios...

Madrid.

La partida.

Bajo un cielo de plomo
y sobre el ancho lomo
de un mar que empaña glutinosa bruma,
parte el vapor hacia lejanas tierras,
en humo envuelto y en fragor y espuma.

De la confusa orilla
que á los rayos de un sol violáceo brilla
cual de un boceto los dudosos trazos,
mi corazón se aleja
y sangrientos pedazos
en ella, acaso para siempre, deja.

Las aceradas uñas de la hélice
pulverizan el agua; muge el viento
y en la lona y los mástiles golpea,
y la pesada mole
como cetáceo ingente cabecea.

Con vuelo triangular, mudas y graves,
siguen al buque pescadoras aves
que desfilan después en línea recta,
ó en voluptuosa curva
rozan el arco blanco del oleaje...

La noche se avecina;
cual si tuviesen frío, pestañean
blancas estrellas en su faz cetrina;
miriadas de protistas hormiguean
sobre la rota lámina marina,
y cada cual á solas
rumia sus inquietudes ó sus penas
al tumbo de las olas...

Al salir de Inglaterra.

Fiebres.

I

Tus labios no me dicen que me quieres,
pero tus ojos, sí;
y hasta parece que de amor te mueres
cuando me acerco á tí.

¿De qué vale que finjas, si los rojos
colores del rubor
asoman á tu cara si los ojos
fijo en tí con ardor?

Prefiero tu silencio á ese descoco
de la pasión vulgar.
El amor verdadero habla muy poco...
¡Ámame sin hablar!

II

En el silencio de la noche á veces
oigo una voz doliente que me llama
desde muy lejos, y del hondo sueño
con asombrado ceño
despierto incorporándome en la cama.

De una pasión desventurada y torpe,
que sepultó mi olvido,
es sin duda la voz que me despierta
sollozando á mi oído:
«¡Acuérdate de mí, que no estoy muerta!»

III

Como una vela que apagarse finge
para tomar después más incremento,
para quererte más simulo á veces
que amor por tí no siento.

Late un goce morboso y exquisito
en hacer padecer á quien se quiere,
y en cerrar con los labios las heridas
que nuestra mano infiere.

IV

¡Cuántas veces me ha herido
el diente de reptil de la perfidia
y la zarpa felina de la envidia...!

Y del aplauso el ruido
¡cuántas veces también sonó en mi oído!

V

¡Qué lástima de boca,
pródiga para todos como el viento
que besa y acaricia cuanto toca!

VI

Nada busco ni quiero:
ni amor, ni gloria, ni riqueza envidio...
Sólo sé que me muero,
como una flor sin riego, de fastidio.

Madrid.

Noche tropical.

A Diego Uribe.

La noche transparente, azul, serena,
en el hondo misterio del espacio
parece que medita,
y con benigno ardor la luna llena
rutila como un globo de topacio
suspenso de la bóveda infinita.

Imperceptibles átomos de oro
en la atmósfera nítida chispean,
y en el confín, que apenas se vislumbra,
como encendidos gestos serpentean
anaranjados lamos,
desgarrando la mística penumbra
en que duerme el reposo de los campos.

El mar gime á distancia;
tiembla su superficie

de la luna á la tierna vigilancia
con oriental molicie,
y soñolienta brisa,
de yodo saturada, suave rueda
con ruido tenue de apagada risa
por la frondosa red de la arboleda
que cual obscura mancha se divisa.

Como arañas de luz que se descuelgan,
las estrellas errantes
en undívago hilo
se rompen fulgurantes
por el espacio diáfano y tranquilo...

Así son nuestras vidas:
chispas fugaces de lejano fuego,
que brillan breves horas y se apagan
para perderse en lo insondable luego...

Cartagena de Indias.

Lo inefable.

L'amour fait songer, vivre et croire.

(V. Hugo. *Les contemplations.*)

Un beso de tus labios virginales
como la flor purpúrea en que la abeja
aún no libó la miel ni insecto alguno
profanó con sus alas, sólo puede
resucitar mis sueños que reposan
tendidos á lo largo en el sepulcro
en que también mis esperanzas duermen.

Junta tus frescos labios con los míos
que lúbricas caricias marchitaron,
y con extraña vibración sacudan
mis fatigados nervios... Sí, te amo
con ese amor que tiene la tristeza
de los amores últimos, sincero,
melancólico y casto. Ya mi sangre
perdió el ardor de los primeros años.
Hoy busco á la mujer y no á la hembra...

De luz y poesía, en torno tuyo,
flota como una atmósfera serena;
en tus ojos hay sueños que parece
que vienen de ignoradas lejanías
como pidiendo amor, amor sin fiebre
de la carne, sin gritos ni arrebatos
de frenéticos goces... Dí, ¿me amas?

Y en tus ojos azules, como un iris
en lluvioso crepúsculo de otoño,
una sonrisa indefinible tiembla...

Florenca, 1896.

Fiebres.

I

El sueño me rinde,
me tiendo en la cama,
y empiezan mis penas, que duermen de día,
á batir, zumbando muy quedo, las alas.
Cansados los ojos,
enciendo la vela
y veo que giran en torno á mi lecho
con sedoso vuelo mariposas negras.
Mis párpados ebrios de sueño se entornan,
la luz agoniza con trémulos hipos
y envuelto en la tibia penumbra del cuarto
me quedo dormido...

II

Me he vuelto como viejo de repente
sin que se torne cándido mi pelo,

como esas tardes de nuboso cielo
que en noches se transforman bruscamente.

Silencio indefinible me rodea
y en mi triste aislamiento
oigo, como un insecto que aletea,
el rumiar de mi propio pensamiento.

Bogotá.

Viendo morir á mi padre.

Se cerraron tus párpados dormidos
al magnético influjo de la muerte,
tu boca se contrajo
y abundante sudor bañó tu frente.

De tus pupilas la postrer mirada
salió todas tus penas arrastrando,
y rígido y más blanco que la cera
extendiste los brazos.

Yo te miraba inmóvil
muriéndome también. Mi pensamiento,
como un reloj sin cuerda, una idea fija
quedó marcando en fúnebre silencio,
mientras rodaban lentas,
sin encoger un músculo,
dos lágrimas, quemantes como un ácido,
por mi rostro, más pálido que el tuyo...

La Habana.

Candidez.

¡Oh pretensión romántica y sincera
de la pasión primera!

Pedirme amor que dure más de un día,
¡á mí, que me hastiaría
de la Venus de Milo si existiera!

Madrid.

Tu ausencia.

Te fuiste y los lugares
que recorrimos juntos tantas veces,
me cantan el silencio de tu ausencia
con sollozos de muerte.

Y una embriaguez secreta y voluptuosa
de morir abrazado á tu recuerdo,
de sumergirme en el eterno olvido,
me invade como un éxtasis supremo.

París.

Anatomía.

Agonizaba tu virtud vencida
por la pasión triunfante,
y en aquel loco instante
el aroma me diste de tu vida
como una flor fragante.

Un relámpago negro de mis ojos
iluminó tu rostro dolorido
y, sin querer, pensaste en tu marido.

Lloraste mucho luego
mientras yo analizaba empedernido:
—¿Ha gozado realmente ó ha fingido?
La comunión sexual, aun la sincera,
¿es una realidad ó una quimera?

En el brutal, efímero momento
¿ha sido en parte de él, en parte mía?
¿No tendrá, como tiene el pensamiento,
la carne su ironía?

París.

Mientras llueve.

La lluvia en los tejados
repiquetea
y el cielo tenebroso
relampaguea.

La calle está desierta,
glacial la noche,
ni un solo perro ladra
ni rueda un coche.

A lo lejos un gato
refugio implora:
no parece que maya,
sino que llora.

Los faroles se apagan,
el viento muge
y tiemblan los cristales
y todo cruje.

Lo mismo está mi alma,
sola y sombría,
devorada por vieja
melancolía.

Comprimidos sollozos
pliegan el ala
como ave que el aliento
postrero exhala.

Ignoradas tristezas
en lo hondo duermen
como en la tierra oculta
la planta en germen.

.....
.....

Ya no llueve. La luna
brilla serena.
¡Ay, por qué no varía
también mi pena!

La noche indiferente,
pálida y cruda,
envuelve en sus cendales
la tierra muda...

Bogotá.

Cavilación.

Los padres mueren, los amigos buenos
se dispersan ó mueren,
y en el largo crepúsculo sin ruido
del recordar lo que se fué y no vuelve,
como una luz lejana que se extingue
sentimos que algo dentro se nos muere...

París.

Cansancio.

Cuando salgo rendido de tu casa
después de ardiente noche de lujuria,
y el airecillo matinal azota
mi demacrado rostro blandamente,
voy paladeando tus lascivos besos
uno por uno; tus palabras ruedan
por mi mente confusa cual las hojas
que el viento arremolina en el otoño;
el olor incitante de tu cuerpo,
á mi olfato adherido, como queda
al que apaga un incendio olor á humo,
revive en mi memoria aletargada
tus caricias, tus mimos,
tu languidez vibrante de leona
que enarca el lomo al roce
del macho que nervioso la olfatea...

Y recorro las calles
con paso lento, la cabeza baja;

mi cerebro cansado aún el hechizo
indefinible siente
de tus bovinos ojos errabundos...

Y voy como embriagado
de besos y de arrullos y de aroma,
indiferente al gárrulo bullicio
de la ciudad que á despertar empieza,
hasta que llego á casa
y en el lecho arrojándome, me hundo
en un sueño muy largo y muy profundo...

Madrid.

A un perro.

«... souffre et meurs sans parler.»

(Alfred de Vigny. *La mort du loup.*)

Tu cadáver, tirado en el arroyo,
á piedad filantrópica me mueve,
del hombre buen amigo,
fiel y humilde en tu amor hasta la muerte.

Psicológico enigma
en tu cerebro casi humano escondes.
¡Cuán superior á muchos hombres eres,
cuán superior en sentimientos nobles!

Lúbrico y soñador, das rienda suelta
á tus refinamientos no aprendidos,
y de noche tus penas á la luna
cuentas con melancólico ladrido.

¿A quién perteneciste? Acaso á un ciego
que al son de su guitarra pordiosea,
al son de su guitarra
que adormeció tus hambres callejeras.

En mitad del arroyo, abandonado
tu cadáver reposa,
y en tus ojos viscosos entreabiertos
hay algo humano que protesta y llora...

Madrid.

Fiebres.

I

Me engañaste, lo sé; pero en mi rostro
de dolor una huella no verás,
ni una sola palabra de despecho
de mis labios saldrá.

Superficie tranquila muestra á veces
luminosa la mar,
mientras en roncros torbellinos rueda
en su fondo sin luz la tempestad.

II

En mis horas de tedio,
cuando todo lo miro envuelto en niebla,
¡hasta las cosas muertas me parece
que aburridas bostezan!

Madrid.

Los que caen.

El huracán con lúgubres silbidos
todo á su empuje lo derriba y trunca;
brilla de nuevo el sol, y de otros nidos
que oculta el espesor de los follajes,
mañana brotarán nuevos plumajes
y hasta flores, tal vez, de la espelunca;
pero los pobres árboles caídos
¡no volverán á levantarse nunca!

Bogotá.

Analgesia.

Tu amor, como el asfalto,
ardió un momento sin dejar pavesas,
y de tus ojos verdes, en que hay aguas
como de una esmeralda en las facetas,
no salió una mirada de ternura
ni siquiera un relámpago de odio...
¡Hasta la tarde cuando muere, besa
lo que invade la sombra poco á poco!

Venecia.

Anhelos.

Inextinguible fiebre,
fiebre de algo mejor, mi sangre quema,
y hacia remotos mundos mi fastidio
con quiméricas alas aletea.

Bajo tu acción ¡oh realidad! mis sueños
perdieron los cambiantes de sus alas,
como el hierro su brillo
cuando al pavón el óxido se agarra.

Secretas ansias de volar aquejan
mi corazón. ¿A dónde?
Lejos, muy lejos, donde el sol no alumbre
miserias de los hombres...

Paris.

Fiebres.

I

Buscas reposo, olvido á tus dolores.
¡Engañosa ilusión!
Con las manos arráncate, si puedes,
tu propio corazón.

II

Para amar necesitas
del desdén, de la burla ó de la ofensa...
Eres como la mirra que perfuma
sólo cuando la queman.

III

«¿Por qué me quitáis la vida?
¿Por qué me matáis? ¿Por qué?»

(Calderón. *La gran Cenobia*, es-
cena XIII, jornada III.)

Con los ojos abiertos como un loco
clavados en el techo,
he pasado la noche inmóvil, mudo,
ardiendo en ira y celos.

Del alba la luz pálida barniza
el violáceo color de mis ojeras...
¡Y no hay en mis almohadas una arruga
ni el rastro de una lágrima siquiera!

IV

Me moriré cuando de tí me aparte,
sollozando me dije, y no me he muerto;
pero mi corazón quedó sangrando
y para siempre enfermo.

Por mi memoria noctambula á veces
tu original anémica figura,
y de tu amor los besos todavía
mi soledad perfuman.

Paris.

Languidez primaveral.

Pauvres nerfs, pauvres nerfs!

(G. Flaubert. *Correspondance.*)

La languidez primaveral me invade con sordo malestar, vagos deseos, aspiraciones embrionarias, tristes, y suspiros sin causa. A ratos sueño despierto y lloro y como á tientas busco algo para calmar mi enervamiento...
¿Por qué mi pensamiento no enmudece, por qué mi corazón sigue latiendo?

París.

Fiebres.

I

¡Cuán pequeño es el hombre
y su dolor qué grande!
¡Sabe que ha de morir y que no puede
revocar la sentencia irrevocable!

Como en papel transforma los harapos,
convierte sus miserias en ensueños...
¡Sueña, esclavo infeliz; tal vez tu suerte
soñando olvidarás por un momento!

II

Cuando estoy sano y fuerte no analizo,
y amo la vida y lucho con denuedo;
y cuando estoy enfermo profundizo
en lo más tenebroso ¡y tengo miedo!

III

Solo con su dolor y la conciencia
que le agranda lo ruín de la existencia,
y lo que va delante sólo alumbra
dejando lo demás en la penumbra,
 el hombre, en su impotencia,
 se agarra á lo invisible
cuando la muerte su existencia amaga
y de rodillas compasión implora,
mientras el sol impávido se apaga
ó rompe en ascuas de carmín la aurora.

IV

Le temps passe. Tout meurt... Le marbre même
[s'use.

(J. M. de Heredia.)

Me olvidaste, lo sé; pero ¿qué importa?
Otras mujeres, como tú, me aman
y, como tú, me olvidarán, de fijo,
 me olvidarán mañana.

Todo es fugaz y deleznable. ¿Acaso
pretendí que tu amor durase siempre?
¡El mismo sol, al parecer eterno,
declina y envejece!

V

Sobre tu fosa humilde mi terneza
mustias adelfas á granel arroja,
y como un sol de invierno mi tristeza
su palidez arroja.

Yo no puedo llorar, y tus despojos,
de olvido, tierra y soledad cubiertos,
ardan en sed de lágrimas acaso,
porque mis pobres ojos
están como los tuyos, aunque abiertos.

VI

Me resigno á vivir sin alegrías
como un ave sin alas,
y las leyes del mundo inexorables
acepto sin protestas y sin lágrimas.

No busco en lo invisible
consuelo ni esperanza,
y no me inquieta ni me quita el sueño
que acabe la comedia hoy ó mañana.

París.

Separémonos.

«Et, fleur cueillie avant que le soleil
[se fane,
Ne perfumas qu'un jour l'ombre calme
[des bois.»

(Leconte de Lisle. *Poèmes tragiques.*)

Separémonos antes de que venga
el desengaño ó el fastidio. Es triste
ver la campiña luminosa y verde
en la sombra nocturna desleirse.

Como un sueño intangible y fugitivo
—virgen de prosa y tedio—
en nuestras almas quedará flotando
de nuestro idilio el inmortal recuerdo.

Florenca.

El organillo.

De un pobre ciego el organillo gime
en la calle desierta
viejos pedazos de olvidada música,
música de otros tiempos plañidera.
Extático la escucho,
y á sus largos sollozos
que acarician mis úlceras internas,
el pasado entre lágrimas evoco...

Madrid.

Espasmo.

Te me entregaste entera,
sin voluntad, sin pensamiento, atónita,
como si hubiera sido yo la muerte
quien penetró en tu alcoba.

De tu letargo lúbrico volviste
como de un sueño hipnótico.
—¡Oh, qué placer!—dijiste suspirando
y entornaste los ojos.

Madrid.

¡Canta!

Cette voix qui séduit, qui pénètre,
[qui touche...

(A. Chénier. *Elegies.*)

¡Canta! Tu voz en ondas
de caricias envuelve mis dolores
y pone en pie el cadáver de mis sueños
que asombrados te oyen.

¡Canta! Tu voz me arrulla,
y con frescor de tempraneras flores
baña mi corazón como un rocío
de anhelos, esperanzas é ilusiones.

Roma.

En un baile.

En brillante desorden
pasaban ante mí provocativas,
desnudo el níveo seno, hermosas hembras
de miradas lascivas.

A todas con los ojos
en incendiarios besos envolvía,
por lo bajo diciéndome: «¡Quién fuera
el Sultán de Turquía!»

París.

Impulsos secretos.

La sensation trop intense de la vie
aspire à la mort.

(Amiel. *Journal intime*, pág. 187, tomo II.)

Impetus de matarte
sentí desnuda al verte, el seno eréctil,
macizo y blanco, y el sedoso cuello
sobre los hombros firme
cual marmóreo obelisco
sobre amplio pedestal, los ojos grandes
caldeados por la fiebre del deseo...

Impetus de matarte
sentí en mis brazos desmayada al verte...
¡que yo no sé qué lazo estrecho existe
entre el amor, el crimen y la muerte!

París.

Convalecencia.

Cuando el alma se asoma
al abismo sin fondo de la muerte,
¡qué tolerante, resignada y triste
de sus quebrantos á la vida vuelve!

Madrid.

De lejos.

«Pues amémonos hoy mucho, y mañana
digámonos ¡adiós!»

(G. A. Bécquer. *Rimas*.)

Pensando en tí, amor mío,
en tí que estás tan lejos,
tan lejos y tan cerca,
me aflijo y desespero.

Poco á poco se abren
mis labios al recuerdo
de tus besos queridos,
de tus calientes besos.

Y siento tus caricias
y de tus ojos siento,
de tus lánguidos ojos,
los efluvios de fuego.

Y junto á tí quisiera
pasar los dias enteros,
mirándome en tus ojos,
bebiéndome tu aliento,
la fragancia aspirando
de tu gallardo cuerpo,
bajo la negra mata
de tu lustroso pelo.

Y no pensar en nada,
absorto el pensamiento
en tí, querida mía;
pero ¡ay, estás tan lejos!

¡Tan lejos y tan cerca,
como del mar el cielo!
Puede que al acercarnos,
mi amor, nos separemos.

Lo lejos á las cosas,
como á los sentimientos,
envuelve en un crepúsculo
de primordial misterio.

De cerca todo es prosa.
Al despertar, los sueños

pliegan tristes el ala
y mueren en silencio.

Cual se aman las palmeras
en lo ancho del desierto,
amémonos, querida,
amémonos de lejos,
y dejemos que duerman,
que duerman nuestros sueños,
la tela policroma
tejiendo y destejiendo,
la tela imaginaria
de mágicas visiones, de imposibles anhelos...

París.

Estoicismo.

¡Cuántas noticias tristes de repente
me dieron en un día!

Y no maldije ni lloré. Tan sólo
se coaguló en mi boca una sonrisa.

Relampagueaba un arma
con siniestro fulgor sobre mi mesa...

¿Matarme? ¡Oh, no! La vida
¡se desprecia viviéndola!

París.

Símbolo.

A la orilla del río,
aún no abierto el botón, la flor dormía
cuajada de rocío
como líquidos besos de alegría.

Zumbó de pronto el viento
con ímpetu bravío,
y la dormida flor, sin un lamento,
despertó deshojada sobre el río.

Bogotá. 1898.

Fiebres.

I

Me desdeñas, ¿y qué? Mi pensamiento
te desnuda y te goza,
y después de gozarte te amortaja
y en silencio te llora.

II

Puede sentir el hombre
discurrir por sus venas
la savia de los árboles y el trueno
de la mar que se encrespa.
Pero jamás el árbol
y la mar encrespada
sentirán las tristezas,
las íntimas tristezas de su alma.

Madrid.

Post mortem.

Hamlet.—To what base
uses eve may return, Horatio!
Why may not imagination
trace the noble dust of Alexander,
till he find it stopping a
bung-hole?

(Shakespeare. *Hamlet*, act. V, escena I.)

¿Qué me importa que arrojen mi cadáver
á la fosa común, que las campanas
no doblen ese día ni que rieguen
mi féretro de flores y de lágrimas?

¿Qué me importa que el cuervo ó que la tierra
devoren mis entrañas corrompidas,
ó que revueltas con el polvo empuje
por las calles el viento mis cenizas?

¡Oh póstuma piedad! Los funerales,
con su pompa solemne y con su brillo,
para los vivos son, no para el muerto
¡que sólo pide soledad y olvido!

Roma.

Fiebres.

I

Antes de amarte, un día
le sorprendí besándote en la boca,
y siempre que te beso me figuro
que aquel hocico anémico te ronda.

Yo sé que no le amaste, que fingiste
mientras tuvo dinero.
Yo sé que no le amaste, y, sin embargo,
¡tengo celos, qué quieres, tengo celos!

II

De nada sirve tu queja
que repites noche y día:
eres joven todavía
puesto que dices ser vieja.

III

No me vengas con cuentos de ultratumba
ni quieras convencerme de que hay Dios.
Tu Dios, como el de todos los creyentes,
es el miedo á la muerte y al dolor.

IV

En la niñez efímera, ignorantes
como las bestias somos é inconscientes,
y en la vejez irremediable y triste
somos sabios tal vez, pero impotentes.

París.

Fuegos de artificio.

Después de larga ausencia
nos encontramos una tarde: estabas
con el cabello suelto que caía
en rubicundas hebras por tu espalda.

Te miré sin sorpresa,
sin los temblores íntimos de antaño;
tus mejillas ardieron y me diste
con los ojos un beso humilde y largo.

Tus pies tartamudearon un instante,
tu boca se contrajo en rojo pliegue,
y así que te alejabas, la cabeza
con ansiedad volviste varias veces...

—¡Otro amor muerto!—murmuré con lástima.
¡Otro amor que se fué como se fueron
mis ilusiones, mis anhelos, todo
lo que movió mi corazón un tiempo!

Sólo quedan girando
apagados recuerdos en mi alma,
como de fuegos de artificio queda
girando la armazón carbonizada,
luego que estalla en deslumbrante lluvia
de colores y estrépitos
la comprimida pólvora que puso
el mecanismo en raudo movimiento.

Madrid.

Fiebres.

I

Presumes de cristiano,
y tienes más rencores,
más crueldad, perfidia y egoísmo
que arenas tiene el mar y hojas el bosque.

Y yo que soy pagano
tengo para los vicios de los hombres
más piedad é indulgencia
que arenas tiene el mar y hojas el bosque.

II

Como en la pierna que le falta siente
dolor el operado,
por el recuerdo de tu amor ausente
siento mi corazón despedazado.

París.

Soledad.

Cuando murió mi madre nadie tuvo
para mí una palabra de consuelo...
¿Cómo quieres que llore y que lamente
los dolores ajenos?

Ella fué buena, generosa y noble,
y además fué mi madre.
De extraña compasión no necesita.
¡Con mi llanto de amor tiene bastante!

París.

Mi religión.

Sentado en el balcón, los pies tendidos
sobre una silla, el libro entre los dedos,
con las ansias de muerte del crepúsculo
se confunden mis sueños.

Esta es la misa que yo escucho á solas,
ésta es mi religión, la que me enseña
á ser humilde y bueno
sin órganos, incienso ni anatemas.

París.

Mi raza.

¡Qué educación tan pobre
la educación de la española raza!
Todo exterior y falso, aunque brillante,
nada interior y sólido que valga.

Y somos en ingenio,
en valor y en nobleza los más grandes...
¡Andrajosos mendigos que soñamos
con púrpuras y sedas imperiales!

Como se embriaga con sus propios trinos
el pájaro en la rama,
con su hueca retórica estridente
el español se embriaga.

Viene la realidad, y le sorprende
que en humo vuelva sus mentidas pompas,
y entonces ¡ay! maldice
ó la injusticia del destino invoca.

Para el bien ¡qué mezquinos!
¡Qué grandes para el crimen y el desorden!
Somos como las ratas:
irresistiblemente destructores.

Panamá.

La justicia.

Mientras los pueblos no ví
matarse en furiosa guerra
—¡oh candoroso de mí!—
que la justicia en la tierra
reinaba á ratos, creí.

Mas hoy que ví la sevicia
ensañarse en el inerte,
opino que la justicia
es disfraz de la injusticia
de los que pegan más fuerte.

New-York.

La distancia.

Cuando el tren arrancó, desfalleciste
cual si toda la sangre de tus venas
súbita fiebre hubiera consumido.
¡Qué sensación tan indecible aquélla!

Pasó el tiempo y tus cartas poco á poco
de todo, menos de tu amor, me hablaban...
y entonces comprendí que no hay remedio
mejor para olvidar que la distancia.

Bogotá.

Antítesis.

En América sol á todas horas
y primavera eterna;
en Europa el invierno con sus días
de pegajosa niebla.

Allá el calor que tuesta y embrutece,
y aquí el frío que hiela...
¡Y aún habrá quien sostenga que es el mundo
una obra maestra!

Londres.

Hastío.

... Nessuna magia mi renderà
quel che mi manca.

(G. d'Annunzio. *Animal triste.*)

He padecido tanto
y en mis despiertas noches he vertido
tan corrosivo llanto,
que hoy tengo el corazón endurecido
como de cal y canto.

Ya el dolor no me arranca un solo grito
ni en íntimos análisis me pierdo,
y para consolarme de mi suerte
ni siquiera recuerdo
que todo al fin concluye con la muerte.

Como un gato enfermizo me arrinconó
y á estúpida indolencia me abandono,
viendo al través grisáceo de mi hastío
sucederse los hombres y las cosas
como el correr flemático de un río...

Bogotá.

Lucha sin tregua.

Partout on trouve un adversaire:
la vie est une guerre sans trêve, et
l'on meurt les armes à la main.

(A. Schopenhauer. *Pensées et fragments*,
pág. 53.)

La vida es una lucha:
nos es hostil el medio,
nos es hostil el hombre...
¡Hasta nos es hostil el pensamiento!

Lucha para comer, lucha sin tregua
con el hombre, el más pérfido enemigo,
y lucha con el clima y lucha sorda
para vencernos á nosotros mismos.

París.

Tu carta.

Tu carta entre sollozos he leído.
Mis injusticias todas
en ella me recuerdas implacable
y llorando me enludas.

¡Con qué amargo dolor, con qué ironía
nuestra vida relatas,
y sobre mí el torrente de tu odio
con qué fruición desatas!

¿Seré un malvado, acaso, como dices,
ó un enfermo inconsciente?
¿Serán mis pensamientos llamaradas
de locura latente?

No sé. Cuando mis propias emociones
sin compasión diseco,
de un pasado remoto me parece
que aún en mí vibra el eco.

Generaciones que en ardientes luchas
la sangre derramaron,
el germen de sus trágicas discordias
en mi alma dejaron.

Quisiste dominarme y no pudiste
—hierro contra granito;—
y al ver que soy indómito, tu orgullo,
de impotencia, da un grito.

Aplaudo tu belleza y el perfume
de tu virtud aspiro;
pero en pie, porque nunca de rodillas
ni lo más grande admiro.

A tus pies sollozaron otros hombres
y cual humildes siervos,
sin levantar los ojos, soportaron
tus desdenes acerbos.

Mi voluntad sus decisiones varias
inquebrantable robla
y mi columna vertebral se rompe,
pero jamás se dobla.

¿Quieres vencerme? Ríndete y entonces
sabrás cuánto te adoro,
á tí, por quien suspiro en el silencio
de mis noches, ¡y lloro!

Bogotá.

¿No te entristeces?

¿Al ver, no te entristeces
que todo en torno tuyo se renueva
al paso que envejeces
y que en su curso rápido la vida
algo tuyo se lleva?

Cuando declina el sol, hacia otros mundos
—los que ha de iluminar el nuevo día—
¿no vuelves con nostalgia el pensamiento,
no te deprime una tristeza vaga?

Ese sol que se pone
¡simboliza tu vida que se apaga!

París.

Fiebres.

I

Quise apurar la copa de los goces
con áspera avidez, de un solo trago,
y quedé tan sediento como antes,
rota la copa en la convulsa mano.

II

—¿Por qué eres tan hurraño
y en la acción más sencilla ves el dolo?
—Porque todo el que á mí se acerca, sólo,
sólo se acerca para hacerme daño.

III

Cuando tu cuerpo por la calle ondula
sordo rumor de admiración levantas,
y yo, que te he gozado tantas veces,
ni siquiera me fijo cuando pasas.

Tú, desdeñando el popular aplauso,
con los ojos me buscas anhelante...
que á veces el desdén, como el abismo,
con misteriosa fuerza nos atrae.

IV

Todos tenemos nuestras penas; todos,
por tal ó cual motivo padecemos,
y hasta en la pobre vida más obscura
hay un drama secreto.

V

Hombre vulgar, inculto y presumido,
pretendes neciamente censurarme...

Cuando tú hayas sufrido
lo que he sufrido yo, podrás juzgarme.

Madrid.

No conoces al hombre.

... l'homme n'est que surprise,
contradiction, incoherence
et folie...

(O. Mirbeau. *Le journal d'une femme de chambre*, pág. 25.)

¿Qué sabes tú del hombre?
¿Con él luchaste acaso cuerpo á cuerpo
para arrancarle el pan que te quitaba?
¿Sondaste su cerebro
contradictorio, pérfido y mediocre?

¿Su corazón hipócrita y sediento
de venganza, latir de cerca oíste?
No conoces al hombre, ese compuesto
de zorra y de gorila,
lujurioso, mendaz, ladrón y artero.

París.

Olímpica.

A te voir marcher en cadence,
belle d'abandon,
on dirait un serpent qui dense
au bout d'un baton.

(Ch. Baudelaire. *Les fleurs du mal*.)

Por la calle vuela
con andar garboso,
con andar garboso de buque de vela.
Cuando sopla el viento,
su falda recoge,
su falda recoge sin aturdimiento.
El viento la envuelve,
y ella imperturbable,
y ella imperturbable ni la cara vuelve.
Sin abrir el ala,
por el lago inmóvil,
por el lago inmóvil el cisne resbala.
Nada la conturba;
al través del traje,

al través del traje resalta la curva.

Un cántico mudo

riman sus caderas,

riman sus caderas al amor desnudo.

Sus pechos palpitan

con temblor dormido,

con temblor dormido de aguas que tiritan.

Si á sus pies se arroja,

cuando pasa, un hombre,

como si de un árbol cayera la hoja,

de su cuerpo avara,

sigue su camino

serena y altiva sin volver la cara.

.....

Sin abrir el ala,

por el lago inmóvil,

por el lago inmóvil el cisne resbala...

New-York.

Fiebres.

I

Jamás nuestros amores tormentosos
divulgaré mi lengua.
Soy como el elefante que se esconde,
para amar, en el fondo de la selva.

II

Como la liebre herida
por la maleza huyendo se desangra,
hasta encontrar guarida
donde morir, enfermo y visionario
me arrastro por la vida,
buscando en escondida
soledad mi sepulcro solitario.

Madrid.

Mi pensamiento.

De tristeza en tristeza mi pensamiento
á veces aletea
hasta perderse pálido y soñoliento
en el limbo recóndito de la idea
sutil y vaporosa,
como la mar se pierde de monte en monte
de espuma fragorosa
en el azul confuso del horizonte....

París.

Fiebres.

I

Le plaisir mêlé de peur enivre.

(Anatole France.)

Cuando juntos un día
mirábamos el salto de Tiberio
—En Capri fué. ¿Te acuerdas?—
un impulso siniestro
sacudió mi sensorio bruscamente.

¿Era amor, eran celos?
¡Juntos rodar hacia el abismo y juntos,
con los temblores de un horror supremo,
paladear el delirio de la muerte
en los últimos besos!

II

¿Estás viva, estás muerta,
late quizás tu corazón por otro;
me eres fiel, aún me quieres y consagras
la ardiente soledad de tus insomnios?

¡Oh, qué triste es la ausencia!
Con la muerte á menudo se confunde...
¿Por qué lo que está lejos nos fascina?
¿Por qué lo que está cerca nos aburre?

París.

Ardores.

I

Quien te ve en el baile
tan viva y risueña,
que tienes el alma tejida de esparto
tal vez no sospecha.

Que en esa sonrisa nívea y escarlata
la perfidia ondula como una serpiente
entre flores rojas que blanqueó la escarcha.

¡Oh comedia bufa
y en el fondo trágica...!
Por de fuera, risas,
y por dentro, lágrimas.
Mientras te diviertes
en la mascarada,

mis ojos te acechan con mirada fija,
con mirada fija del que acusa y mata!

.....
.....

Los violines gimen,
las flautas sollozan...

¡Qué bien interpretan las ansias de muerte
del alma que ruje de celos y llora!

II

Por tu blanca espalda que á la nieve eclipsa,
por tu ebúrneo seno

mis ojos arrastran las húmedas alas
de sus ígneos besos.

Los hombres que tratas
apenas son hombres.

Yo soy de los trópicos, tengo en la sangre
savia de los bosques,
yodo de los mares
y del sol ardores.

¿No ves cómo brilla
la fiebre en mis ojos?

¿No ves cómo quieren volar á tu boca,
cantáridas rojas, mis besos sonoros?

¡Oh, ven á mis brazos,
estatua de Paros de cabello blondo!
¿No sientes mi gélida mano que tiembla,
no ves que hasta quieren morderte mis ojos?

París.

Impuro.

La mia bocca di vergine ti serba
Teneri baci, noti a lei soltanto.

(Ada Negri.)

¿Qué buscas en mis brazos? Yo no puedo
sino ofrecerte un corazón marchito,
unos labios sin besos ni sonrisas
y un pensamiento complicado y frío.

Tú eres núbil y tienes
la virginal pureza de lo nuevo,
y yo las impurezas,
¡todas las impurezas de lo viejo!

Madrid.

Fiebres.

I

Somos espectadores solitarios
de nuestros sufrimientos.
¿Quién los recuerda? Nadie. Hasta nosotros
¡llegamos á olvidarlos con el tiempo!

II

¡Nadie lo sabe! ¡Nadie!
¡No sospechan siquiera que me amas,
y eso que hay en tu cara tanta sombra
y en tus ojos de tisis tantas llamas!

Tu silencio de loca
y tus miradas fijas me dan frío,
y á veces me figuro que tu boca
va en público á gritarme: «¡Ay, amor mío!»

Metamorfosis.

Mais la nature est là, qui t'invite
[et qui t'aime...

(A. de Lamartine.)

Cuando me canso de amar,
para aliviar mi tristeza,
me dedico á contemplar
la madre naturaleza.

Con la flor, con el insecto
gozo, que nada desdeña
mi observador intelecto,
y siempre, hasta el más abyecto
de los seres algo enseña.

El mar, siempre en movimiento,
aún en calma, siempre huracán,
¡qué febril sacudimiento,
como de un terror extraño,
produce en mi pensamiento!

¡Qué indefinible solaz
siente el alma adolorida
cuando la noche de paz
baña á la tierra dormida!

Viendo el campo, cuando espira
tinta en carmesí la tarde,
mi corazón ¡ay! suspira
y en ansias secretas arde.

Y así, cual de flor en flor
la abeja, con firme anhelo
de una pasión á otra vuelo,
que la vida sin amor
es un paisaje sin cielo.

Paris. Agosto, 1900.

Indiferencia.

El verdugo sonríe
mientras rompe la víctima en sollozos.

Dentro de algunos años
víctima y victimario serán polvo.

Y en ese mismo cielo indiferente
difundirán su resplandor mañana,
al parecer piadosas,
las mismas noches claras.

Fiebres.

I

Como la yedra al árbol,
con fanático ardor á mí te enroscas,
y ya nadie distingue si el follaje
del árbol nace ó de la yedra brota.

II

Te maldigo y te odio
y te adoro á la vez.
¡Ay! soy como la fiera que rugiendo,
del domador, al fin, se echa á los pies.

Venecia.

Je suis las de choses laides et
de vilains milieux...

(G. Flaubert. *Correspondance*)

¡Oh Venecia inmortal! en tu regazo,
lejos, lejos del hombre,
agonizar quisiera, lentamente
apurando el ensueño de tus noches.

Del adriático mar al blando arrullo,
en que tu gloria medioeval se queja,
á la pálida sombra de tus mármoles
que en el cristal de tus canales tiemblan,
y evocando los manes
de tus claros artistas que supieron
infundir sangre humana
en las arterias de sus anchos lienzos.

¡Oh noche veneciana
de majestuosa placidez; la vida,
como la etérea fuga de las góndolas,
en tu seno piadoso se desliza!

¡Y en inclementes é incoloros climas,
 á la luz macilenta
de noches grises, en amores necios
despilfarré mis sueños de poeta!
 ¡Y tú, lejos, en tanto,
 derramabas amor y poesía!
¡Ay, qué tarde he venido! ¡Quién pudiera
lo vivido borrar con otra vida!

Venecia.

Siempre lo mismo.

Novelas, poesías,
dramas sentimentales...

todos copian las mismas agonías,
las mismas esperanzas y alegrías
de amores que en el fondo son iguales.

El Shah de Persia.

Yo ví pasar la comitiva regia
 por los Campos Elíseos,
y ví aclamar al déspota ostentoso
por una muchedumbre de cretinos.

—¡Viva el monarca persa!—
gritaba delirante, y en la cara
 del oriental autócrata
una sonrisa irónica vagaba.

Bajo la real suntuosa vestidura
el hígado—¡qué prosa!—le impedía
saborear el placer de la apoteosis
á los ojos escépticos, ridícula.

—¿Qué tiene el Shah?—me preguntó un curioso.
—¿Qué tiene para estar tan amarillo?

—Una afección hepática.

Los monarcas también sufren del hígado.

Sol poniente.

Del sol el disco ardiente
en el mar se sumerge como un ojo
 inmenso de escarlata
en rubicundos párpados de sombra.

Ancho temblor de sangre y esmeralda
corre al través de la llanura inquieta,
y por el horizonte se difunde
 en triunfales desgarros
el eco rojo de la luz errante.

Fiebres.

I

Noches enteras sobre el libro abierto
pasé buscando la verdad ignota;
noches de amor febril, noches de insomnio
en que cerró mis párpados la aurora.

Y en mi espíritu, al cabo, ¿qué dejaron
tantas horas de amor y de desvelo?
¡Un fastidio invencible de la vida
y un silencio interior que me da miedo!

II

Tu carta he recibido,
—¡cuánto rencor y vanidad respira!—
y al cesto en que se tira
el papel que no sirve, á dar ha ido.

Indiferente en el sofá me tiendo,
un cigarrillo enciendo,
y me entretengo en ver del cigarrillo
el humo disolverse,
como tu amor, anillo por anillo.

III

Siento que entre mis años juveniles
la vejez poco á poco se aproxima,
como otoño incipiente en que las hojas
no son del todo verdes ni amarillas.

En mi cabello negro
hebras de plata brillan,
y siento que mi espíritu se envuelve
en luz como de tarde que agoniza.

IV

Lloro porque no puedo
pasear al sol mis íntimas tristezas.
¡Ay, morirán de frío!
¡Y qué va á ser de mí, solo, sin ellas!

V

Conozco las noches eternas
sin sueño;
conozco los grandes dolores
secretos,
y sé lo que es irse á pedazos,
y sé lo que es irse á pedazos muriendo.

VI

No quieras, no, profundizar mi alma.
¿Qué encontrarás en ella? Lo que en todas:
un fondo de inconsciencia que remueven
ignoradas corrientes silenciosas...

VII

Quisiera estrangularte y no me atrevo.
¡Ah mísero de mí!
¡Qué cobarde es el hombre, qué cobarde!
Sólo tiene valor para sufrir.

Melancolía.

Résigne-toi, mon cœur; dors ton
[sommeil de brute.

(Ch. Baudelaire.)

Prado apacible, envuelto
en la luz del crepúsculo dormido
y en solemne reposo,
como en un lago inmóvil sumergido,
vierte en mí tu silencio voluptuoso.

Bosque umbrátil, sereno,
de cantos de ave y de rumor de frondas
y de zumbar de insectos siempre lleno,
vuelca sobre mi alma
cansada de sufrir, en suaves ondas
el aroma inefable de tu calma.

Mar que en hirviente oleaje
contra el peñón embistes
como toro salvaje,
presta á mi corazón enfermo y roto
el soberano impulso
que engendra tu frenético alboroto.

Montaña que azuleas,
coronada de nubes la ancha frente,
mientras arden pedazos de tu falda
con el llamear de púrpura y de gualda
del sol que se va hundiendo en Occidente...
¡oh, si me fuese dable
sentir por un momento
tu sosiego de piedra, inalterable,
y vivir, como tú, sin pensamiento!

Adolorida luna solitaria
que bañas de tristeza pensativa
los sueños de la mente visionaria,
envuélveme en tu estóica mansedumbre
y aplaca esta inquietud que me devora,
con el beleño blando de tu lumbre,
de tu pálida lumbre soñadora.

.....

Prado, montaña, bosque, mar y luna,
¿por qué diálogo inútil con vosotros
mi atribulado corazón entabla?

¡Vosotros no tenéis más sentimiento
que aquél que os presta el corazón que os habla!

Colombia. 98.

Lujuria.

Tus negros cabellos formaban un bosque
de calientes ondas
que como una noche lóbrega caían
hasta el blanco hiriente de tu nuca mórbida.

Tus pechos calcáreos
temblaban opresos por el blanco traje;
cual tímidas liebres
que sienten al perro de caza acercarse.

El húmedo vello
que tus incitantes axilas sombrea,
al ojo vidente de los libertinos
la fronda sugiere de escondida selva.

¡Oh belleza plástica,
oh pálida Venus de rasgados ojos
que encierran abismos sin fondo de sombras,
en que nace el crimen, el amor y el odio!

¡Deja que en tus brazos,
á la inquieta sombra de tu pelo de ébano,
entre las miradas de tus ojos muera,
al lento suplicio de tus largos besos...!

Fiebres.

I

Antes de ser esclavo
de tus quemantes lúbricos antojos,
déjame que te bese muy adentro
al través de los ojos con mis ojos.

II

Hospitalaria orgía,
tú siempre das abrigo
al triste desterrado del amor
que busca, en su mortal melancolía,
en tu regazo amigo
refugio á su dolor.

III

Yo soy meridional y allá en el fondo
de mi caliente corazón desprecio

á la mujer — ¡qué confesión tan franca! —
máquina de placer, de carne y hueso.

Hombres del Norte fríos,
idealistas y prácticos á un tiempo,
no tenéis en las venas
como nosotros, los latinos, fuego.

Por eso sois constantes,
progresistas y prácticos,
—al revés de los míseros latinos—
y por eso, tal vez, sois tan borrachos.

IV

Como brota el hedor del cuerpo muerto,
del satisfecho amor nace el hastío,
y los ojos que ayer nos fascinaron
se nos antojan hoy hasta sin brillo.

Para no corromperte necesitas,
¡oh miserable cuerpo!
el jugo sinovial de la quimera
y el vivífico elíxir del ensueño...

No volverán.

Ensueños y esperanzas
¿á dónde, á dónde el vuelo
cual perseguidos pájaros tendísteis?
¿En dónde estáis que os busco y no os encuentro?

—Volaron para siempre
¡ay! con los años idos.
¡Y ya no volverán, como no vuelven
los años que has vivido!

Tristezas.

Seul le silence est grand; tout le reste
[est faiblesse.

(Alfred de Vigny. *La mort du loup.*)

¿Por qué siempre estoy triste
y casi nunca río?
¿Por qué no ven mis ojos
sino sombras no más en torno mío?

Nací en época aciaga,
y ruidos de cadenas
mi niñez arrullaron
y dieron vida á mis primeras penas.

¡Ay, he sufrido mucho!
Pasiones prematuras
mis cándidas quimeras
trocaron de improviso en amarguras.

Jamás ví realizado
lo que soñé despierto,
y si lo ví algún día,
fué mutilado, agonizante ó muerto.

No soy supersticioso
ni en lo ignorado leo;
mas ¡ay! que en ocasiones
algo fatal que me persigue creo.

Los libros y los viajes
por pueblos de otras razas,
me mostraron al vivo
del progreso moral las añagazas.

Ví locas ambiciones
y lucha en todas partes,
y ví triunfante siempre
á aquél que se valió de malas artes.

¡El cristianismo! ¿Dónde
está ese cristianismo
que el perdón recomienda
y al prójimo querer como á uno mismo?

Los hombres sus litigios
dirimen á sablazos,
y los pueblos se matan
por nacional puntillo á cañonazos.

Las deudas ¿quién perdona
y quién desdeña el oro,
y dónde están los ricos
que parten con los pobres su tesoro?

Ví hambrienta por las calles
á pordiosera gente,
mientras en amplio coche
el lujo se paseaba indiferente.

Ví al vicio sin amores,
senil y adinerado
meterse victorioso
y con sigilo en el hogar honrado.

Ví á la canalla imbécil
que se trepó á la cumbre
arrastrándose, al genio
someter á irritante servidumbre.

¡Cuánta venganza infame
que el corazón subleva
ví agitarse en la sombra
como reptil famélico en su cueva!

Ví llevar al cadalso
al inconsciente y zote
—víctima de la herencia—
más digno de hospital que de garrote.

Ví al fuerte siempre arriba
y al débil siempre abajo,
al uno sonriente,
al otro macilento y cabizbajo...

Ya sé que ésta es la vida,
que es ley que venza el fuerte,
y que á la postre á todos
por un rasero medirá la muerte.

Mas yo que tengo el alma
ferviente y compasiva,
¡no puedo ver, no puedo
tanta miseria con mirada esquivá!

¡Y á quién volver los ojos,
y á quién pedir justicia,
si el cielo está vacío
y en la tierra no hay más que odio y codicia!

1898.

Fiebres.

I

Muchas madres han muerto
y seguirán muriendo cada día,
porque rígida ley así lo quiere;
pero al saber que se murió la mía,
la ceguedad de mi dolor infiere
¡que es la primera madre que se muere!

II

Por mucho que analices y que sueñes
y que combines sensaciones raras,
siempre hallarás que antes que tú sintieron
y pensaron lo mismo muchas almas.

III

Uomini, al vostro male, tutto è vano...

(A. Orvieto.)

Con piedad infinita filosofo
sobre el dolor universal á veces,
ese dolor al que responde sólo
con su mueca enigmática la muerte.

Mi caridad mezquina ¿de qué sirve?
¿Puede torcer mi compasión el curso
de lágrimas y quejas
de los que sufren sin alivio alguno?

Lo obscuro del Destino,
de la fatalidad lo inexorable...
¡Qué pueden voluntad y pensamiento
contra el empuje ciego del oleaje!

IV

Hoy en mis brazos, mujer querida,
mañana en brazos de otro rendida.

¡Ruede la bola!

Y así te pasas, mujer, la vida,
de tumbo en tumbo como la ola.

V

Eres astuta y cruel; eres avara...
Pero ¿á qué continuar este boceto,
si la vida interior está en la cara?

El cabrero.

Á J. Ortega Munilla.

Por las cumbres melancólicas
va el cabrero con sus cabras,
en la caña sollozando
de su flauta;

de su rústico instrumento,
cuyas quejas monorítmicas
por el aire silencioso
se deslizan.

Y las cabras, arrulladas
por el dulce ruido lánguido,
los declives lentamente
van bajando.

Y la tarde va cayendo,
una tarde triste y larga,
en que tiemblan y se esfuman
las montañas.

Suena el *Angelus* doliente
en el místico silencio,
como voces que suplican
de muy lejos.

Y al sonar del caramillo
el rebaño taciturno
se disipa en lontananza
como el humo.

.....
.....

Ya no suena el caramillo,
ya no suena la campana,
y el cabrero transponiendo
la montaña,

en la sombra de la noche,
que insensible va creciendo,
sepultóse con sus cabras
como un sueño...

Amar.

¡Oh, qué hermoso es amar y ser amado
y sentir que la vida,
cual veneciana góndola, resbala
entre arrullos, ensueños y caricias!

No pensar, verlo todo,
como al través de un vidrio de colores,
de la emoción teñido
con la sangre que en olas bulle y corre.

No escuchar sino el eco
sonoro de ignoradas armonías
y ver, hasta en las noches tenebrosas,
claridades de aurora fugitivas...

A media voz.

Mis exquisitos refinamientos,
mis laberínticos pensamientos
te ponen pálida
y temblorosa;
mas poco á poco de tus temores
salen ardientes, vivos colores,
y besos pides con voz ansiosa,
como volando de la crisálida
sale radiante la mariposa.

A un poeta.

¿Quién escucha los trinos
del ruiseñor cuando en la charca suena
el clamoroso estruendo de las ranas
y en la torre el graznar de las cornejas?

Tus diamantinos versos,
¡oh de la rima original orfebre!
no son para ese público de idiotas
que al cielo sólo miran cuando llueve.

Sobre sus lomos sin piedad sacude
de tu cortante sátira la tralla:
como el águila tienes para el vuelo
el ala, y para hacer presa, la garra.

Tú tienes la ternura
de los tristes que sueñan y han sufrido,
y el odio subterráneo
de los grandes ingenios preteridos.

¡Ah infeliz, que naciste
donde el erupto ronco de la rana,
del ruiseñor los trinos,
los trinos melancólicos apaga!

Mis luses.

La sigo por los anchos bulevares
al través del oleaje de la gente,
y en una tienda enorme,
—laberinto de trapos—se me pierde.

Y con jovial sonrisa, en el bolsillo
del chaleco metiéndome la mano,
«¡oh, mis queridos luses!»—reflexiono.—
¡Cuán á pique estuvisteis de escaparos!

Engaño descubierto.

En tu virtud creía ciegamente,
¡yo que soy un escéptico analista,
yo que he bajado al fondo nauseabundo
de la social sentina!

¡Obsesión del amor, del egoísmo
engañador espectro!
¿Por qué al juzgarte olvido que naciste
del erótico espasmo de dos cuerpos?

.....

Olvidar ó matar es el dilema
de mis trágicas noches.
¿Matar? ¡Ay, no me atrevo, me da miedo
la nominal justicia de los hombres!

¿Olvidar? ¡Quién olvida
cuando tiene delante de los ojos
el aleve puñal incompasivo
en nuestra sangre aún rojo!

.....

¡Adiós, adiós! Agitaciones nuevas
sacudirán mi corazón. La vida
es como un tren que corre: á cada imagen
otra imagen sucede fugitiva...

Para tí sola.

Hommes durs! Vie atroce et laide
[d'ici-bas!

(Paul Verlaine. *Sagesse.*)

¡Quién, al verte, imagina
que tienes escondidas tantas penas,
tú, siempre tan risueña, que parece
que con tu rostro plácido condenas
todo aquello que abate y entristece!

Y anoche me contabas
en el sofá tendida muellemente,
inclinada la frente,
lo mucho que sufrías,
lo mucho que llorabas
bajo tus aparentes alegrías.

«Mi vida es un infierno—me decías
con dolorido acento;—
y es la lástima tal que por mí siento

cuando en mis horas negras reflexiono
en esta soledad en que se abisma
mi juventud ya mustia y decadente,
que quisiera morirme de repente
ó perder la conciencia de mí misma!

¡Odio á los hombres, odio la existencia,
y la hora maldigo
en que al mundo me echaron, porque el mundo,
de quebrantar sus reglas, en castigo,
finge mirarme con desdén profundo!»

Y en tu cara de muerta
y en tu mirada incierta
flotaba como un velo de locura;
y yo, mudo, entretanto
enjugaba tu llanto
saboreando contigo tu amargura.

La miseria, enemiga de la vida;
tu complexión ardiente y soñadora;
la lujuria del hombre, que persigue
á la virtud hermosa y desvalida,
como el perro de caza
persigue y mata á la indefensa liebre
obedeciendo á instintos de la raza,

te empujaron al vicio en que hoy te anegas,
y, cansada del vicio, al fin, reniegas,
porque quien tiene el corazón aún sano
no disimula el asco que le inspira
el olor nauseabundo del pantano.

No, no eres mala; la ilusión aún bate
sus alas de oro en torno de tu frente;
tu pecho generoso,
al parecer momificado late
por todo lo que es grande y es hermoso,
y aún de tu alma brotan en lo vivo
ternuras exquisitas,
como nacen en campo sin cultivo
abundantes y frescas margaritas.

Tu inteligencia penetrante y fina
lo más obscuro y complicado entiende,
y aquello que no entiende lo adivina
en visión momentánea que sorprende.

¡Por eso de la vida el sordo tedio
sientes en tí tan hondo,
y en vano buscas á tu mal remedio
apurando la copa rebosante
de placeres extraños, hasta el fondo!

.....

¡Te amo, sí, te amo
con espontáneo amor que no se paga
de apariencias falaces,
y en las horas fugaces
en que estoy junto á tí, siento un aroma
de caliente tristeza que me embriaga!

Florenca.

Fiebres.

I

Tengo el alma sensible, y la tristeza
á la cólera en mí pronto sucede.
¡Ay, con mi corazón luchar no puede,
á pesar de ser fuerte, mi cabeza!

Y es en vano que mande
mi voluntad: su voz nunca es oída...
¡Oh, qué amarga es la vida
cuando se tiene el corazón tan grande!

II

De tus amores viejos
aún los recuerdos tu memoria halagan,
como de un sol que muere siempre vagan
por las cumbres los últimos reflejos.

Hondo estremecimiento,
como tiemblan las aguas con el viento,
al ver de nuevo á los que amaste un día,
sacude tu dormido pensamiento...

¡Y dices que me quieres
y dices que eres mía!

¿En dónde hallar amores de mujeres,
limpios de vanidad y de falsía?

La Habana.

Mis versos.

Como saca la abeja de las flores
miel y elabora su panal, extraigo
de mis tácitas cuitas el acíbar
y elaboro mis versos epigráficos.

No hay artificio en ellos
ni emociones fingidas,
no retórica sabia y palabrera
los engendró. ¡Los engendró la vida!

París.

Fiebres.

I

Desde la cumbre en que tu amor me puso
como ostentosa estatua,
me arrojaste á la sima de tu olvido
sin rencor y sin lástima.
¡Ay, las mujeres son como los pueblòs:
elevan hoy para tumbar mañana!

II

Pasan los tristes esta vida amarga
como una caravana de camellos:
sumisos al dolor, bajos los cuellos
y la mirada fatigosa y larga...

III

¿Qué nos dirá la luna cuando envuelta
en infinita soledad nos mira?

¿Acaso nos dirá: «Soy una muerta
que refleja en su faz descolorida
todas las agonías de la tierra?»

Bogotá.

¡Lucha y vence!

Si vous voulez monter haut,
servez-vous de vos propres jam-
bes!

(Frédéric Nietzsche.)

¡Piedad, resignación y sacrificio,
y que siga girando
la áurea rueda del vicio
tus famélicos ojos deslumbrando!

¡Oh, no! ¿Quién te convence
de que se nace para ser esclavo?
¿Resignación? ¡Jamás! ¡Sé astuto y bravo,
conspira, lucha y vence!

Fiebres.

I

¡Oh candidez la tuya si imaginas
que te soy siempre fiel! El mismo plato
á la larga repugna, ¿y quién no sabe
que el hombre, como el perro, es polígamo?

II

Hay quien se queja de no ser amado,
y yo—de presunción no es necio alarde—
de serlo demasiado me lamento...
¡Tan malo es el hartazgo como el hambre!

III

Me conociste ayer y ya pretendes
saber más de mi vida que yo mismo.
¿Te explicarás ahora
por qué suelo vivir tan retraído?

IV

Cuánto bruto se muere convencido
—la vanidad lo más pequeño exalta—
de que el amor más hondo ha conocido,
por aquello, tal vez, de que no falta
para un roto jamás un descosido.

V

No me vengas con máximas morales.
Tú vives en provincia
y yo vivo en las grandes capitales.

VI

¿Quieres poner á tu enemigo en ascuas?
Muéstrate más alegre que unas pascuas.

Optimismo.

—¡Qué pesimismo tan acerbo el tuyo!—
exclamas asombrado.

—Y digas lo que digas en tus versos,
el mundo no es tan malo.

Y hablando de otra cosa, caro amigo.
¿No sabes que he heredado?

¡Oh si fueras verdad!

¡Oh, si fueras verdad, mito intangible
que el miedo de la muerte y la ignorancia
engendraron un día,
en tí creyera yo con toda el alma!

Porque tengo inquietudes y dolores
tan hondos y tan grandes,
que sólo tú pudieras comprenderlos,
y pudieras tú sólo apaciguarme.

París.

Fiebres.

I

Como una sombra vivo,
como una sombra lúgubre,
y moriré quizá como una sombra,
como una sombra que huye.

II

Me remonto soñando
á las más altas cumbres de la idea,
y caigo luego con las alas rotas
en el fangal de la común tristeza.

El eterno silencio.

Nous vivons du parfum d'un
vase vide.

(E. Renan.)

Dios y la Metafísica murieron
y para siempre acaso,
y en torno de sus túmulos enormes
la humanidad se agrupa sollozando.

—¡Resurrección!—en vano á veces grita
alucinada, pálida y convulsa;
mas ¡ay! que á sus lamentos no responde
sino el silencio eterno de las tumbas...

Lo que callas.

Como si yo no fuera literato,
no me dices palabra de mis libros,
pero, en cambio, me cuentas que los tuyos
son—¡oh pobre envidioso! —muy leídos.

Tu estudiado silencio te denuncia.
Cuántas veces á solas te habrás dicho:
«¡Quién pudiera escribir como tú escribes!
¡Quién tuviera tu estilo!»

Te ví una vez...

Te ví una vez, y en el revuelto dédalo
de París te perdiste;
en vano te busqué por todas partes,
por todas partes caviloso y triste.

Nunca sabrás lo que por tí he sufrido
¡oh visión fulgurante,
que en mí encendiste el pensativo anhelo
que engendran lo imposible y lo distante!

Fiebres.

I

Ayer todo era aplauso, mimo y risa,
y es hoy censura todo y mala cara.
No tienes que decírmelo tan claro.
Te comprendo muy bien: ya no me amas.

II

Insultantes anónimos recibo
que me causan más bien risa que enojo,
pues conviene saber, de cuando en cuando,
lo que piensa la envidia de nosotros.

Puede que el infeliz que me calumnia
me dé la mano con fingido afecto,
y es posible también que le haya dado
alguna vez un puntapié ó dinero.

III

¡Con qué alegre semblante me recibes,
con qué festiva ingenuidad discurre
sobre que sólo en mí pensando vives!
¡Y si supieras, ay, que ya me aburres!

IV

De pérfida la tildas y tornátil
porque á la vez que en tí se fija en otros...
Sé desdeñoso, mudo y estratégico,
y verás cómo al fin te ama á tí solo.

Enigma.

¡Quién pudiera saber lo que en tus ojos,
cuando me miras, arde,
en esos ojos verdes en-que hay algo
de la misericordia de la tarde!

Sólo sé que á su influjo entre visiones
vaporosas me aduermo,
y que vierten consuelo, paz y olvido
en mi tedioso corazón de enfermo.

Bogotá.

Hogar.

¡Hogar! Palabra dulce
que tiene como unciones de caricia,
calor de nido y resplandor de soles,
apacible refugio de la vida.

¡Oh, cuán feliz quien en la noche negra
del desengaño, á tu calor se acoge,
y solícitos halla, en torno suyo,
piadosos corazones!

París.

Amor.

¿Por qué exigir del amor
que dure más que una flor?
Es un estado del alma,
como del cuerpo, el calor,
y del Océano, la calma.

Mientras ilusión se tiene
—y la cosa nos conviene—
algún tiempo el amor dura,
como el calor se sostiene
á cierta temperatura.

Mas cuando viene el hastío
y sin lágrimas ni estruendo
nos invade como el frío,
¡adiós, por siempre, amor mío,
y á casa, que está lloviendo!

En tu álbum.

A veces en tu lúgubre y soñador semblante
una sonrisa el ala, irónica, despliega
como esas albas pálidas que brillan un instante
en medio de las noches eternas de Noruega.

La cosa es clara.

Tú eres alto, arrogante y elocuente,
y de tí las mujeres se enamoran;

él es feo, pequeño y tartamudo...

¡Y aún me preguntas que por qué te odia!

Fiebres.

I

¿Por qué, cuando queremos, aspiramos
á eternizar nuestra pasión de un día?

¿Acaso no sabemos
que todo tiene un término en la vida?

¿De dónde nace tan absurdo anhelo,
anhelo que desmiente la experiencia?

¡Oh pobre corazón, si no te engañas,
te mueres de tristeza!

II

Este mundo de extrañas emociones,
de pensamientos raros
que bulle en mi cerebro, para el vulgo
siempre estará cerrado.

En él un pueblo de fantasmas vive,
de enfermas realidades y de ensueños,
de ilusiones en pena y de esperanzas
que nunca más levantarán el vuelo.

Madrid.

Ruínas.

No quiero recordar. ¡Oh, qué amargura!
Del fondo de un osario
imagino que saco el esqueleto,
el esqueleto roto del pasado.

Mi pubertad, mi infancia,
mi hogar, que desoló la muerte un día...
¡Ay, soy como un fantasma que solloza
entre un montón de ruínas!

Paris.

Fiebres.

I

Porque no me petrifico
al saber el crimen de hoy,
dices que escéptico soy.
¡Y es que todo me lo explico!

II

¡Cómo avivar en tí lo que está muerto!
¡Cómo matar en mí lo que está vivo!
La lucha fué tenaz. Me derrotaste,
que aquél que quiere más sale vencido.

III

Sin que á tus ojos indiferentes
lleguen sus tibios reflejos lánguidos,
arde en silencio mi amor agónico
como la lámpara de un santuario.

IV

Yo no quiero saber si eres honrada,
si tienes nobles sentimientos: nada
de tu pasado equívoco me importa.
Con tu hermosura física me basta.
Gocemos sin pensar. ¡La vida es corta!

V

En la revuelta cama tus horquillas
esparcidas quedaron,
y el penetrante olor á carne fresca
de tu cuerpo, en la atmósfera flotando.
Te fuiste, y largas horas
quedé, como en un éxtasis hundido,
repitiendo tus últimas palabras
y paladeando tus postreros mimos.

VI

Como el ázoe y el platino no se avienen,
mi carácter con el tuyo no concuerda.
¡Y qué solos nos sentimos cuando estamos
aparentemente cerca!

VII

Un rico me contaba sus pesares
y yo le interrumpí, sin dar razones:
—Ser millonario y *lírico* no peta.
¿Qué nos dejas entonces á los pobres?

VIII

De analizar la manía
me hace sentir con tibieza
lo que ardiente ayer sentía,
y puede que llegue el día
que sienta con la cabeza.

IX

La mano querida
que sembró dolores, tristezas y angustias,
en el mismo campo no sabrá mañana
cultivar ternuras.

X

Con mujeres casadas
no quiero yo amoríos,
porque si llego á amarlas ¿qué sucede?
Que yo soy el cornudo y no el marido.

Hojas secas.

Fuggon dagli occhi miei, fuggon dall' anima
le illusioni della nova età
fosca la vita mia sotto a ciel rigido,
siccome rupe solitaria, stà.

(Mario Rapisardi. *Renovatio.*)

Tu belleza otoñal en que sonríe
como la historia oscura y en compendio
de inacabables penas,
melancólicamente me fascina.

¡Crepuscular sonrisa,
discreta confesión de viejas culpas!
¡Promesas voluptuosas en los ojos
cariñosos y escépticos á un tiempo!

¡Y el paisaje es el mismo!
El mismo bosque con sus viejas ramas,
las mismas chozas... ¡Ay, el tiempo en ellos
no ha dejado la huella que en nosotros!

Y todo nos recuerda
los inquietos placeres de otros días,
las lágrimas vertidas en silencio...
Todo nos habla de un pasado triste.

Y á la luz de esa luna
¡cuántos, como nosotros, han sufrido;
cuántos, como nosotros, han amado!

¡Anónimos dolores y alegrías
que huyeron para siempre
sin dejar huella alguna
como el volar del pájaro en el viento!

Fiebres.

I

El alba me sorprende
sobre tu seno de marfil, despierto,
empapado en sudor, los ojos fijos,
y afilado el perfil como el de un muerto.

Y tú duermes en tanto
con el reposo de la fiebre extinta,
sobre el caliente y abundoso manto
de tu pelo de tinta.

II

Cuando en mí los instintos
como lobos famélicos despiertan,
me figuro que salgo
del fondo oscuro de la edad de piedra.

III

Nuestras citas nocturnas
de ardientes arrebatos,
de elegiaca y traidora poesía,
tienen yo no sé qué de asesinatos
con premeditación y alevosía.

Nápoles.

Hierática.

No te quejes ni llores;
como una esfinge impenetrable y muda,
guarda en el pensamiento tu ironía,
guarda en el corazón tus amarguras.

Sólo el silencio es digno,
como las viejas ruínas, de respeto.
Si el cielo nos parece tan augusto
es, más que por su luz, por su silencio.

París.

¡Vuélvete al lienzo!

La cabellera roja
como aurora de otoño; las pupilas
azules y los labios
pálidos como el alba de una orgía.
Sobre tus blancos hombros
descíñela, que caiga
como un sol que agoniza sobre el torso
de una estatua de mármol de Carrara.
De un lienzo del Ticiano
saliste amores locos encendiendo.
¡Oh fatídica Venus tentadora,
vuelve, vuélvete al lienzo!

Paris.

Fiebres.

I

Con tus consejos prácticos, amigo,
nada conseguirás:
tú hacia el puerto navegas
y yo quiero perderme en alta mar.

II

¡Cuántas noches de insomnio
y cuántos largos días
me entretengo en silencio conversando
con mi melancolía!

III

El ardor de mi sangre, con los años
poco á poco se entibia y morigera,
como después de torrenciales lluvias
el cielo se despeja.

Prefiero, sí, los borrascosos días
á estas noches insípidas de calma.
¡Ay, esta paz es precursora acaso
de una vejez temprana!

IV

Estamos solos, solos: de mi boca
ni una alabanza á tu hermosura sale.
¿Es respeto, es pudor, es miedo acaso?
¡Es hartazgo de carne!

V

En un salón ¡qué hermosa,
qué espiritual, qué fina,
qué tierna, qué indulgente y generosa!
Y en tu casa, haraposa,
insolente, autocrática y mezquina.

Día de difuntos.

Vengo á fingir también en este día
de dolor oficial.

¿Qué queda de los muertos? Sólo un poco
de fosfato de cal.

No influye de la muerte el espectáculo
en la vida social;

no disminuye la ambición ni aplaca
el odio universal.

Ni la conciencia de tu vida frágil,
de tu vida fugaz,

suaviza tus instintos destructores,
¡mísera humanidad!

Paris.

Otoñal.

Las hojas en los árboles inician
la calvicie otoñal. El campo verde
se torna amarillento
y en los ramajes secos llora el viento.

El cielo gris, como el cinabrio, sueña
bostezando de hastío,
y en su turbia corriente
también bosteza perezoso el río.

 Mi corazón solloza
con reprimida queja lastimera:
«¡Ay, yo tuve también mi primavera!»

Traición.

«¿Cómo caíste despeñado al suelo
astro de la mañana luminoso?»

(J. de Espronceda. *A Teresa.*)

¡Qué dolor, qué dolor! Mi sangre hierve,
la cabeza me gira, y en mis ojos
hay llamas negras y en mis labios secos
como esputos de odio.

¡Miserable mujer! En tí mi sueño
como una planta al sol tomó colores;
te dí mi libertad, te dí mi sangre
en el vértigo ardiente de mis noches.

La realidad, la realidad el velo
engañador que me cegaba un día
desgarró como el sol rompe la niebla
mostrándome hasta el fondo tu perfidia.

Y ciego de furor lloré y maldije
con mordedoras lágrimas de fuego,
con palabras cortantes,
cortantes como un látigo de acero.

Y te escupí á la cara
y te llamé ramera en mi arrebató,
¡y tú no suplicaste,
ni perdón me pediste sollozando!

¡Ay, y es á tí á quien mi amor un día
puso en la frente un halo de quimeras!
¡A tí, venal y frágil como todas,
como todas las hembras!

Porque no creo.

Porque en un Dios fantástico no creo,
porque no voy á misa
—¡que me preparen el cadalso á prisa!—
hay quien me llama con desdén ateo,
lo cual no deja de causarme risa.

Tu Dios ¡oh pobre raza de beduínos!
puede que sólo sirva de consuelo
á viejas y cretinos
á quien la muerte aterra,
y que buscan febriles en el cielo
lo que tal vez no hallaron en la tierra!

Bogotá.

Fiebres.

I

Como paciente pescador de caña
espera á que el pez muerda en el anzuelo,
con la pluma en la mano horas enteras
que acuda el pensamiento en vano espero.

No vienen las ideas, y la pluma
sobre la mesa, displicente arrojó,
como á la postre el pescador cansado
coge la caña y se la pone al hombro.

II

¿Por qué—me digo—de su amor en pago
pienso en otra mujer que no me ama?
¿Por qué esta inclinación irresistible
á no beber sin enturbiar el agua?

Naturaleza mísera que gozas
con el contraste que en tu mal refluye:
si te desdeñan, quieres;
si te quieren... ¡te aburres!

III

¿Sabes tú qué es sufrir? ¡Ah, no lo sabes!
¿Has sentido caer la luz del alba
sobre tu insomnio como cae un sudario
sobre un cadáver? De las noches largas,
como recalcitrantes agonías,
en el mortal silencio,
como un reloj de carne
contó las horas tu abrasado pecho?
¿Sentiste la agonía
de todo lo que amó tu pensamiento,
y lloraste sin lágrimas
y te sentiste envejecer por dentro?

¡Ah, yo conozco el martirio
de las noches sin sueño,
y alrededor de mi encendida frente
he sentido volar pájaros negros.

IV

Como en la entraña del volcán la lava,
hierven en mi cabeza
contradictorios pensamientos. Sombras,
como de grandes árboles, proyectan
y anochece en mi alma.

Manchas de claridades indecisas
flotan en la penumbra como muecas
de espasmódica risa...

Sevilla.

Delirio persecutorio.

Ah quel supplice d'être aimé!

(Georges de Porto-Riche. *Amoureuse*,
acto II, escena I.)

Vas á lograr con tus quemantes celos
que me llene de canas y de arrugas,
y que se trueque en odio mi cariño
y mi serena mansedumbre, en furia.

Es de persecución tenaz delirio
que ve á la luz del sol trasgos y espectros.
Ya no puedo, al hablar de una montaña,
decir que tiene faldas, por ejemplo.

Estaba vivo.

Aún la vida alentaba
en aquel loco amor que te tenía
y en sus abiertos ojos irradiaba
la luz de la esperanza todavía,
cuando en la fosa del olvido un día
con mano despiadada le arrojaste
y paletadas de desdén le echaste...

Quizá mañana alguno,
al levantar la funeraria losa
circundada de flores amarillas
—esas tristes amigas de los muertos,—
¡sorprenda el esqueleto de rodillas,
los suplicantes brazos entreabiertos!

La Habana.

Fièvres.

I

Del fondo de mis penas, cuántas noches
surge el recuerdo tuyo,
como la luz fosfórica que sale
del fondo de un sepulcro.

De los amores muertos el recuerdo
es fuego fatuo que indeciso brilla
en las noches de insomnio; pero muere
á la primera claridad del día.

II

Sobre un túmulo negro de perfidias
amortajada mi esperanza yace:
la envidia, la traición y la venganza
con regocijo velan el cadáver.

Chisporrotan los cirios
y en lágrimas de cera se derriten:
¡son acaso los únicos que lloran,
los únicos que gimen!

La Habana.

Mi patria.

¿Dónde está el terruño
en que, como todos, ví la luz llorando?
¿Dónde están los bronces,
dónde están los bronces de mi campanario?
Manos extranjeras
labran tu terruño
y en los viejos huecos de tu campanario
suenan otros bronces que no son los tuyos...

París. 4900.

Fiebres.

A Francisco F. Villegas.

I

Yo sé que hay alegrías,
que hay lujo, que hay placeres...

Yo soy como los pobres,
que saben que hay dinero y no le tienen.

II

Como el borracho con alcohol se embriaga
para olvidar tristezas de la vida,
para olvidar mis penas y zozobras
me emborracho con tinta.

III

Puedes hallar la dicha
en el pueblo más pobre y escondido,
y en la ciudad más rica y populosa
morirte de pesar ó de fastidio.

Escondido llevamos en el alma
nuestro destino próspero ó adverso,
como el huevo del pájaro, la fuente
de futuros gorjeos.

IV

A todo el hombre se acostumbra: preso,
llega á amar de la cárcel los barrotes...
Lo mismo canta el pájaro en la jaula
que cantaba en el bosque.

V

Todo flotar parece
en una niebla fúnebre: en mi alma
se queja dulcemente la tristeza,
 como el viento que pasa
al través de las ruínas de un convento
en las noches de invierno solitarias.

Pagana.

Je suis belle, o mortels! comme un rêve
[de pierre...

(Ch. Baudelaire. «La Beauté.» *Les
fleurs du mal.*)

No eres virgen y tienes la frescura
de las mujeres núbiles,
y tus pechos, elásticos y duros,
parecen de marfil.

De las bacantes pompeyanas flota
en tus formas alígeras
el undívago ritmo cadencioso,
la pagana esbeltez.

Tiene la gracia tu cintura estrecha
de las etruscas ánforas,
y publica la cuenca de tu vientre
que nunca diste á luz.

Tu pierna contorneada, larga y fina,
de la cadera mórbida
arranca en suaves curvas como el tronco
de palma tropical.

Tu cuello altivo, firme y transparente
cual columna de pórfido,
provoca al beso intrépido y sonante,
al abrazo febril.

Tu nariz aquilina rompe airosa
con blancura eucarística
la triunfadora comba de tus cejas
negras como el pesar.

Tu mano arqueada, pálida y flexible,
ostenta uñas de nácar,
y del sauce agitado por la brisa
copia la dejadez.

Tu cabellera, en apretadas ondas
de fulgurante ébano,
sobre tus hombros cincelados cae
con amplia majestad.

Y al través de su móvil red blanquea
tu carne pulcra y sólida
como estatua marmórea entre el ramaje
de frondoso jardín.

En tus pupilas verdes y profundas
brillan visos metálicos
cual de picado mar la superficie
á los rayos del sol.

Sobre tu labio superior se esfuma
como velludo césped,
y tus dientes iguales centellean
con albura de cal.

En los espasmos del placer te arqueas
como pantera lúbrica,
y sollozas y muerdes y suplicas
con estertórea voz.

Naciste para amar y ser amada
y vivir en el tálamo
desnuda, envuelta en sueños y perfumes
y molicie oriental.

En el regazo de mujer alguna
sentí pasión más cálida,
ni besos ni caricias en que corra
tan lascivo temblor.

Nunca arrullos de amor tan enervantes
sonaron en mi tímpano,
ni en tan dulce abandono de la vida
resbalar me sentí.

Engendras el olvido y el nirvana
como el nelumbo índico
de tus húmedos ojos errabundos
al tibio resplandor.

Eres hermosa y mala como ciertos
vegetales selváticos,
y te amo y apuro con delicia
tu veneno letal.

Nápoles.

Napoleón.

A José María de Heredia.

The Veiau and the Gabian towers shall fall,
And one promiscuous ruin cover all;
Nor, after length of years a stone betray
The place where once the very ruins lay.

(Addison.)

Cuán amarga debió de ser tu pena
—¡oh domador de hombres!—
al verte prisionero en Santa Elena;
así el condor soberbio de alas grandes,
 habitado á los cerros
y al oxígeno puro de los Andes,
de una jaula agoniza entre los hierros.

Te juzgaste intangible
en la embriaguez de tus victorias locas,

como el condor que vuela
sin temor ni cautela
sobre un volcán de fulminantes bocas.

Recuerda ahora en tu jaula,
cuando no puedes remontar ya el vuelo,
que las cumbres más altas están siempre
más cerca de la tierra que del cielo.

En tus noches sombrías,
mezclando realidades y patrañas,
para acallar la voz de tus pesares
soñarás con los bosques seculares
y el horizonte azul y las montañas
que te fueron un tiempo familiares.

Y al despertar, sollozará tu orgullo
melancólico y lacio:
«¡De qué me sirven mis enormes alas
si la luz me quitaron y el espacio!»

París. 1900.

Fiebres.

I

Soy como el mar: inestable,
borrascoso, insondable.

En mis trágicas horas me revuelco
sobre mí mismo, y furibundo arrojó
turbio raudal de odio en cada vuelco.

Y en mis horas tranquilas
dejo ver en el fondo,
al través de la clara superficie,
los tesoros de amor que en él escondó.

II

¿Quién de una sospecha escapa?
¿Quién de una lengua se libra?

(Calderón. *A secreto agravio secreto*
venganza, escena XVII, jornada I.)

¡Oh calumnia, calumnia
—reptil que muerde y huye sin ser visto
y desde el fondo de su cueva goza
oyendo de la víctima los gritos!—

Del desdén el antídoto no vale
contra el sutil veneno que inocular.
Sólo un reptil de otro reptil escapa
al influjo letal de su vacuna.

III

A nadie, á nadie mis dolores físicos
y mis tristezas cuento.
Yo no sé lamentarme,
yo no sé lamentarme sino en verso.

A un ingenio español.

En las naciones libres, civilizadas,
á medida que muestras mayor ingenio
y más cultura adquieres, tu gloria aumenta
y al fin y al cabo logras hacer dinero.

Entre nosotros, raza de envidia y odio,
incapaz de respeto por nada grande,
á medida que crece tu inteligencia
y tu cultura, crece también tu hambre.

Madrid.

Cementerio de aldea.

En torno de la iglesia diminuta
que se eleva en la cumbre solitaria,
se agrupa el cementerio con sus cruces
y sus lápidas blancas.

La luna silenciosa
su claridad de amanecer derrama.
La inmensidad parece más inmensa,
y en su aislamiento el alma,
como un mar sin riberas,
rueda buscando la invisible playa,
mientras duermen los muertos
en torno de la iglesia solitaria.

Zenea.

Para su hija Piedad.

Deus meus, Deus meus, ut quid
direliquisti me?

(San Marcos, versículo 34, cap. XV.)

Y mientras ¡ay! en tu prisión sombría,
en tortura secreta
á pedazos tu cuerpo se moría,
tu delicado cuerpo de poeta,
te llamaban traidor tus enemigos,
te llamaban traidor—¡qué felonía!—
los que fueron un tiempo tus amigos.

Y no fuiste traidor, noble patriota.
Fuiste en la horrenda lidia
del tirano feroz y del ilota
blanco del fanatismo y de la envidia.

Eras joven y artista,
y tus jueces, soldados
sin piedad, sin ingenio y atrasados,
el hígado preñado de rencores,
y entre tus compatriotas ¿quién había
que, como tú, llorase sus dolores
en versos de tan honda poesía?

En el trance luctuoso de tu muerte,
el corazón inmensamente triste,
pero el cerebro fuerte,
esposadas las manos, ni un amigo
en torno tuyo viste.
Y entonces ¡ay! en tu dolor sin nombre;
en tu cruel desamparo,
¡cómo debiste despreciar al hombre!

Entre la turba vil, incompasiva
de tus verdugos, ebrios de venganza,
como entre lobos desvalida oveja,
perdida ya la última esperanza,
el alma hecha jirones, pero altiva,
te dejaste matar sin una queja,
sin una sola lágrima furtiva.
¡Ni una voz, ni una voz en tu defensa
se levantó viril, acusadora!

Tu amargura ¡qué inmensa
debió de ser en tan suprema hora!

.....

El lúgubre relato
de tu largo suplicio,
de las ruindades de tu pueblo ingrato,
me abrasa el corazón, me turba el juicio,
y llorando de horror y de vergüenza
sobre tu pobre losa funeraria,
impotente en mi cólera, maldigo,
maldigo de mi raza sanguinaria!

París. 1897.

Fiebres.

I

París bajo la nieve
que tapiza sus anchos bulevares,
parece una ramera
sepultada en un lecho de azahares.

II

Al mérito del vivo siempre opones
de algún difunto célebre el recuerdo.
No me sorprende, que la envidia siempre
entierra al vivo y desentierra al muerto.

III

¿Quieres que siempre tu recuerdo guarde?
O no accedas jamás á mi deseo,
ó ríndete á mis ruegos, pero tarde.

A una cubana.

I

En tus ojos lánguidos,
parleros y oscuros,
ojos de andaluza,
sensuales y húmedos,
bullen las pasiones,
lloran los crepúsculos.

Ciñe tus cabellos
—selva enmarañada—
el arco de triunfo
de tu frente pálida.

Tu seno que sube,
tu seno que baja
de tu aliento al ritmo,
cual del mar el agua;
tus caderas duras,

carnosas y arqueadas,
de lujuria gritos
al más frío arrancan.

En tu boca hay besos
y febriles ansias
y caricias suaves
como roce de alas,
quejas y sollozos,
lascivas palabras,
perversos mohínes
que enferman ó matan.

El sol de los trópicos
por tus venas corre,
brilla en tus miradas
y puebla tus noches
de inquietudes tristes
y ardientes visiones.

¡Oh qué hermosa eres,
lánguida criolla!
¡Quién gustar pudiera
la pulpa jugosa,
el sabroso néctar
de tu fresca boca!

¿Quién por tí no pierde
capital y honra,
quién no te da ciego
la existencia toda
por pasar contigo
una noche á solas?

II

¡Oh tierra en que nacen
hembras tan hermosas,
tierra de manglares,
de palmas sonoras,
de anchurosos plátanos,
de ceibas frondosas
como quitasoles
enormes de sombra;
tierra que yo amo,
tierra en que me odian
porque nunca supe
repartir lisonjas...

Funerales regios.

De tus exequias la ofensiva pompa
—pompa de un sol que se hunde en el ocaso—
¿podrá impedir acaso
que mañana tu cuerpo se corrompa?
Sollozando tu imperio
acompañó contrito
tu sarcófago enorme al cementerio,
glacial panteón de mármol y granito.
De militares multiformes zonas;
príncipes, aristócratas y reyes
formaban el cortejo;
catarata de flores y coronas
sobre tu augusto féretro caía
al opaco reflejo
de un nebuloso día.
La plañidera voz del campanario;
del cañón el retumbo
como el eco del tumbo
de la mar en paraje solitario;

los rezos y los llantos,
las plegarias, los cantos
que acompañan al triste responsorio,
no logran despertarte de tu sueño,
de tu sueño mortuorio.

De tu sepulcro regio
inútilmente en derredor se agitan
cascos, tricornios, kepis y cimeras...
Los monarcas también mueren de veras,
y muertos una vez, no resucitan.

Ilusión.

Como el ave cautiva,
contra el pintado alambre de la reja
agito inútilmente mi plumaje...
y el espacio sin fin irradia fuera.

Cansada el ave, la cabeza esconde
bajo el ala y se duerme,
y oye en su sueño pájaros que cantan
y ve llanuras verdes.

Ilusión, realidad multicolora
que en el mundo interior aislada vives
como un astro en el cielo,
amiga compasiva de los tristes.

A uno que se obstina en ser poeta.

Si versificar no sabes
¿quién te lo puede enseñar?
¿Quién ha enseñado á las aves
á cantar?

Acaso te enseñe el arte
correctamente á escribir;
pero no podrá enseñarte
á sentir.

Si en tí un artista no encierras,
no harás llorar con tu lloro.
No tienen todas las tierras
minas de oro.

No por ser infortunado
en ser literato insistas.
No todos los que han llorado
son artistas.

Sentir dos veces la vida:
al vivirla, al evocarla
y en una forma bruñida
encerrarla;

dar á los sueños relieve,
comunicar al amor
que nos obceca y remueve
nuevo ardor;

no rimar el Diccionario,
y por ser original,
no dar en lo estrafalarío
y anormal;

embriagueces y visiones,
delirios, presentimientos,
hondas desesperaciones
y lamentos;

alegrías matutinas,
crepusculares angustias,
rosas frescas, purpurinas
y hojas mustias;

contorno, luz, armonía...
cuanto aflige ó alboroza,
cuanto se anhela ó hastía...
A eso llamo poesía.
Todo lo demás es broza.

La odalisca.

I

Echada en el áureo purpúreo diván
del harén,
mirando en el techo pintadas las ondas
del Bósforo azul,
á su ocio entregada, que aroma el almizcle,
de un sol que se pone á la pálida luz,
sueña la odalisca
en la patria lejana, en los padres
que nunca sus ojos á ver volverán,
en el macho ardiente que no llega nunca
y en el viejo, impotente y adusto sultán
de canosa barba, de apagados ojos
y terrosa faz.

Sueña la odalisca
echada en el áureo purpúreo diván
del harén...

II

Al monótono son
del tambor,
del sistro y el timbal,
de un coro de lánguidas voces
que se arrastran lentas
como los temblores
de una tarde estival,
circasianas danzas,
árabes y egipcias,
con lúbrico ritmo
tejen las esclavas
que el eunuco mira
con letárgicos ojos de enfermo
en los que bostezan todos los fastidios
del decrepito mundo oriental,
mientras la odalisca
extática sueña
echada en el áureo purpúreo diván,
en la patria lejana, en los padres

que nunca sus ojos á ver volverán,
en el macho ardiente que no llega nunca
y en el viejo, impotente y adusto sultán
de canosa barba, de apagados ojos
y terrosa faz...

París.

Nocturno.

Á U. González Serrano.

I

Una noche solitaria,
una noche de indecisas nebulosas claridades,
como un alba cenicienta que en la nieve,
como un alba cenicienta que en la nieve se alargase,
bajo un cielo gris muy triste
cual los ojos de una inglesa
tísica, muy grandes,
al chirriar de un viento seco que pasaba
por las ramas sin follaje de los árboles,
como un arco
sin pez rubia por las cuerdas,
por las cuerdas de un violín resquebrajado,
arrastraba mis olímpicas tristezas
como un pavo real el regio varillaje
de su cola,

arrastraba mis olímpicas tristezas
por los tristes y desiertos bulevares.

Las pupilas amarillas de los coches que rodaban,
que rodaban lentamente, lentamente
ya muy tarde,
me miraban con insomne melancólica fijeza
de ojos locos que buscasen en la noche
unas cuencas que refugio les brindasen,
de unos ojos que me hablaban de tristezas,
de tristezas casi iguales
á las mías,
de tristezas inefables.

Y la luna, luna enferma y cavilosa
de las noches invernales,
tras jirones de andariegas nubes pardas
cual acéfalos merinos que corriesen por el aire,
qué escondiendo su redonda y macilenta,
qué escondiendo su redonda cara errátil.

II

Un perro escuálido me seguía,
un perro cuya sombra rectilínea y tísica de hambre
por la acera como elástico esqueleto
se encogía y alargaba, sin ladrarme.

Y su sombra con la mía confundiéndose
como el lúgubre capricho
del pincel de un Goya histérico y borracho,
se alargaba y encogía,
se alargaba y encogía;
y de pronto separábanse creciendo,
separábanse y huían
las dos sombras,
las dos sombras de dos seres que vagaban
por los tristes y desiertos bulevares
bajo un cielo gris muy triste
cual los ojos de una inglesa tísica, muy grandes.

París. 1900.

por
arr
cc

Fiebres.

I

No quiero que me llores cuando muera.
Sólo quiero que pongas en mi lápida
la siguiente inscripción que sintetiza
algo de lo que fué mi vida aciaga:

«Pensé mucho y muy hondo; amé sin tasa;
amarguras sin fin lloré en silencio,
y si un sueño sin sueños es la muerte,
no interrumpas con lágrimas mi sueño.»

II

¡Ah, lujuria, lujuria!
madre del impudor y el desencanto,
insaciable y voraz como el incendio,
nada te arredra, ni el dolor ni el llanto.

Cual si un crimen tramases,
en tu cara sombría
brillan como relámpagos de odio
sobre un fondo de trágica alegría.

III

No hablemos de mi vida.
¡Es mi vida tan triste y miserable!
Hablemos de los astros,
de algo lejano, luminoso y grande...

No habrá paz.

Quise olvidar ofensas,
perfidias y traiciones
y abrí mi corazón, de amor sediento,
á todo lo que es grande, puro y noble.

Mis enemigos ¡ay! no me entendieron,
y crítico otra vez, duro y sarcástico,
á la súplica sordo,
moriré con el látigo en la mano.

Desde la torre Eiffel.

A J. Arimón.

A mis pies hormiguea
liliputiense la ciudad enorme.
Basta elevarse un poco
para ver cuán pequeños son los hombres.

Hasta aquí de su vida tumultuosa
no llega un eco solo,
¡y cuántos estarán quizá llorando
de impotencia, de amor, de celos y odio!

¡Cuánto insolente lujo por las calles,
cuánto carnal comercio clandestino,
y en el mísero hogar sin pan ni fuego,
cuánta lamentación, cuánto gemido!

Y yo, como la luna, imperturbable,
miro desde mi altura transitoria
del diminuto mar de risa y llanto
las fugitivas olas...

París. 1900.

La eterna profanación.

A llorar por la ausente
 él iba al cementerio
y ella á cubrir de flores el sepulcro
 de su querido muerto.

El sol sobre los mármoles caía
 como lluvia de ámbar,
y los sauces, movidos por el viento,
 con dolientes susurros dialogaban.

Ambos lloraban con piedad sincera;
 pero estaban tan solos,
que se hablaron al fin y entre las tumbas
 se perdieron ahogando sus sollozos.

En sus ojos, aún húmedos, ardía
 la fiebre del deseo...
¡Cuán lejos, ay, de su memoria estaban
 los ya olvidados muertos!

La Extremaunción.

Love is my sin.

(Shakespeare.)

Juntos como los labios de una boca
que se pueden besar á cada instante;
oyéndote pensar como si fuera
tu pensamiento un corazón que late,
y cual asceta que se abraza á un Cristo,
á la postre morir en tu regazo,
la extremaunción de tus caricias últimas
recibiendo en mis ojos y en mis labios...

Almas oscuras.

I

Por la calle desierta con estrépito
pasa rápido un coche,
y un perro flaco, que en la esquina duerme,
tras él, ladrando furibundo, corre.

Entre nubes de polvo el coche rueda
y á lo lejos se pierde,
y jadeando á la esquina vuelve el perro,
rubrica en la pared, se echa y se duerme.

II

Por la cornisa de un balcón un gato
con el andar sedoso de una monja
se desliza, y de un salto
de una canal en el rincón se aloja.

Con la lengua se lava hocico y manos
y después, en hierática postura,
recoge en sus pupilas de topacio
el adiós de la tarde moribunda.

1900.

Venus decrepita.

I

Bulevar arriba,
bulevar abajo,
pintada la cara, pintados los ojos,
dorado el cabello, purpúreos los labios,
la pulpa adiposa
de las papandujas caderas meneando,
se pasa la noche la vieja hetaíra,
bulevar arriba, bulevar abajo.

II

En la esquina se pára jadeante.
Con los ojos fijos, vidriosos y lánguidos
de nocturno pájaro á la luz del día,
y voz que se arrastra, casi sollozando,
pide una limosna,
de ambiguos placeres lúbricos en cambio.

Y los hombres pasan y nadie mira,
y el frío es intenso, penetrante y áspero,
y de nuevo emprende su carrera lúgubre,
bulevar arriba, bulevar abajo.

III

Comienza la nieve
á caer en silencio al través de los pálidos
reflejos que tiemblan rotos en el aire,
polución de algo muy grande y muy casto
que sueña con blancas, esquivas y hermosas
vírgenes de mármol.

Y con paso lento, sobre las espaldas
de trémulo armiño quebradizo manto,
la sacerdotisa de Venus, decrépita,
se pierde, se pierde bulevar abajo...

Mar muerto.

Cuando yo era niño
como un papagayo rezaba, y creía
en las cancamusas que para dormirme
me contaba, durmiéndose también, mi nodriza.

Cuando yo era niño,
cuando yo era niño rezaba y creía.

Un viejo de barbas enormes de nieve,
un viejo muy grande,
vestido de blanco, duro de facciones
y de mal carácter,
taciturno y solo como un cenobita,
sentado en un trono de oro suspenso en el aire;
como esos profetas adustos y hercúleos
que en la pontificia Capilla pintó Miguel Angel,
sumido en estériles sueños,
sueños insondables

de los viejos mitos de las teogonías
de muertas edades...

En mi fantasía pueril esta forma
tomaba ese Dios cejijunto, autocrático y grande,
del cual mi nodriza me hablaba durmiéndose
para amedrentarme.

Y yo tenía miedo
de que Dios, ese Dios vengativo, pudiera
castigarme un día
con penas eternas
por mis inocentes faltas infantiles
de las que yo mismo no me daba cuenta.

Cuando fuí más grande
también en la escuela
me hablaba el maestro
de penas,
del diablo, de pailas de aceite,
de enormes hogueras.

«Sé bueno—decía,—sé bueno y el cielo
te abrirá sus puertas.

En el cielo los ángeles cantan
al son de invisibles y dulces orquestas

en torno de Dios, que es tu padre,
de Dios, que hizo el cielo y la tierra.»

Y yo enternecido lloraba,
lloraba, lloraba las horas enteras.
Entonce ¡ay de mí! no tenía
dolores, angustias, dudas ni tristezas.
¿De qué me servían entonces
aquellas divinas creencias?

Hoy que soy hombre, que sé qué es la vida,
que tengo amarguras, que tengo tristezas
sin nombre,
¡no tengo una sola, una sola creencia!

Y maldigo y lloro
en mis horas negras,
buscando febril en los libros,
buscando febril en la ciencia
ficticio consuelo,
consuelo ficticio á mis penas.

.....

¡Corazón que late árido y doliente
como en un sepulcro que un temblor de tierra
sacude, se agita el cadáver, no llores,

reprime tus quejas,
y con risa irónica
el vano desfile contempla
de la caravana
de seres humanos
que pasan
como tú llorando, como tú gimiendo,
sin fe ni esperanza!

Paris. 1900.

Vespertina.

Et je sens en mon cœur lourd d'ineffable
[angoisse
je ne sais quoi de doux, qui voudrait mou-
[rir.

(Albert Samain. *Soir.* « Le Chariot d'Or. »)

¡Qué tristeza, qué cansancio
de la vida!
Por las cumbres, filamentos de escarlata,
de oro y plata,
va el crepúsculo dejando de su herida.
Por el llano blanquecino
y rubicundo,
el silencio vespertino
como un ánfora de ensueños se derrama
en blandos ríos,
que los pájaros inquietos y tardíos
al volar de rama en rama
por el bosque, sólo turban
con sus rotos aleteos y sus píos.
¡Qué tristeza, qué cansancio
de la vida!

II

En tu seno para siempre, madre tierra,
para siempre, de tus ruidos insinuantes al arrullo
yo quisiera poner término á la guerra
de mi vida con la vida,
para siempre, madre tierra.

Con tu alma, oceano inmenso sin orillas,
se confunde el alma mía, mi alma enferma
que te invoca
de rodillas,
como en áureas contorsiones pide oxígeno la llama.
¡Ven y tapa con tu polvo para siempre
esta boca,
esta boca pecadora que entre lágrimas
te invoca!

En alta mar.

Al doctor Lluria.

Cordillera de espumas, terremoto
de formidables olas que amenazan
al mismo sol, contra el inerme buque,
con trueno aterrador se despedazan.

En el angosto camarote echado,
como un muerto en su caja, el fin espero.
Tu ronca voz, oh mar, no me intimida,
que estoy acostumbrado
á más grandes borrascas de la vida.

Tu cólera no irrita, tu pujanza
es inconsciente y ciega,
y en tu lenguaje—el viento—
no hay injurias ni voces de venganza,
porque te falta, oh mar, el pensamiento.

Tú das la muerte pronto
y el cadáver conservas incorrupto,
hasta que al fin le arrojas

sobre la playa, como nube al trueno,
ó en el vientre le alojas
de los monstruos que viven en tu seno.

Que los tímidos rueguen, y de hinojos
vuelvan al cielo los turbados ojos,
como si hubiera alguien que escuchase,
acogiendo en sus brazos,
al infeliz que reza.

Yo sólo fío en que no salte rota
la hélice en pedazos
y el capitán no pierda la cabeza.

1900.

Velázquez.

A Angelina Champlin.

I

¡Oh pintor incomparable en cuyas telas
vive un pueblo de bufones, de borrachos y de idiotas,
de monarcas y de infantes que, si aún viven,
sólo viven porque tú con tus pinceles magistrales
en el lienzo les copiaste para siempre,
en tus lienzos inmortales!

Para siempre les copiaste: á los monarcas,
con sus caras amarillas de topacio,
sus mandíbulas salientes de gorila,
la expresión sin expresión de la pupila
gris y fría y el cabello pobre y lacio.

Y pintaste á las infantas, de tontillos ampulosos,
con la anemia hereditaria de las ramas imperiales.

No adularon tus pinceles
sentimientos vanidosos
de aristócratas peleles.

Diste, en cambio, piel lustrosa,
vientre enorme á tus corceles
que se yerguen arrogantes
con la crin flotando al viento,
las narices lujuriosas que respiran
y los ojos penetrantes,
más humanos que los ojos de tus pálidos infantes,
ojos cálidos que miran,
que nerviosos pestañean,
ojos vívidos que giran,
que llamean.

¡Qué expresión de risa triste
la expresión de tus cretinos que bizquean!
¡Qué fielmente las deformes realidades sorprendiste!
¡Tus pinceles no falsean,
tus pinceles no falsean lo que viste!

II

En tu Cristo muerto, en tu Cristo exangüe,
que contrasta con la vida fisiológica
que circula por tus lindas, rozagantes Hilanderas,
compendiaste la miseria antropológica.

No es un símbolo: es el hombre que agoniza,
es el hombre que impotente
y solitario,

como un sauce inclina al fin la mustia frente,
frente mustia de vencido visionario.

No fué mística tu musa, fué realista,
y por eso fuiste acaso
¡oh pintor incomparable, tan artista!

En tus cuadros no hay el ímpetu sombrío
de Ribera,
ni las muecas que dan frío
del satírico mordaz de los *Caprichos*, ni las mieles
exquisitas y rosáceas de Murillo;
pero tienen tus pinceles
como un sol de cuarzo negro, eterno brillo.

Como aroma de una inmensa flor obscura,
¡qué tristeza de tus lienzos se desprende!
La tristeza de aquel medio en que viviste,
la tristeza de tu raza heroica y dura,
la tristeza inconsolable de tu genio,
¡porque el genio siempre es triste!

Madrid. 1904.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
CARTA-PRÓLOGO.....	VII
Mi musa.....	3
La campana.....	7
Fiebres.....	8
El cotillón.....	10
Amanece.....	14
El templo abandonado.....	16
Marina.....	18
Fiebres.....	20
Bogotá.....	22
Como eres.....	25
Fiebres.....	28
Noche triste.....	30
Recordar.....	32
La especie humana.....	33
Pasión.....	34
Después de una orgía.....	37
El expreso.....	38
¡Pobres artistas!.....	39
Cuando te dije adiós.....	40
La vida.....	41
Cosas muertas.....	42

Siempre igual.....	43
París.....	45
La travesía.....	47
Fiebres.....	48
En los lagos suizos.....	50
Intima.....	52
El buey.....	54
Anarquismo embrionario.....	56
Silencio nocturno.....	58
La carne.....	59
Crepuscularia.....	60
La envidia.....	61
Ir viviendo.....	62
Tus ojos.....	63
Fiebres.....	65
Mi madre.....	68
Paisaje.....	69
Fiebres.....	70
La partida.....	74
Fiebres.....	73
Noche tropical.....	76
Lo inefable.....	78
Fiebres.....	80
Viendo morir á mi padre.....	82
Candidez.....	83
Tu ausencia.....	84
Anatomía.....	85
Mientras llueve.....	86
Cavilación.....	88

	<u>Páginas.</u>
Cansancio.....	89
A un perro.....	91
Fiebres.....	93
Los que caen.....	94
Analgesia.....	95
Anhelos.....	96
Fiebres.....	97
Languidez primaveral.....	100
Fiebres.....	101
Separémonos.....	105
El organillo.....	106
Espasmo.....	107
¡Cantal.....	108
En un baile.....	109
Impulsos secretos.....	110
Convalecencia.....	111
De lejos.....	112
Estoicismo.....	115
Símbolo.....	116
Fiebres.....	117
Post mortem.....	118
Fiebres.....	119
Fuegos de artificio.....	121
Fiebres.....	123
Soledad.....	124
Mi religión.....	125
Mi raza.....	126
La justicia.....	128
La distancia.....	129

	Páginas.
Antítesis.....	130
Hastío.....	131
Lucha sin tregua.....	132
Tu carta.....	133
¿No te entristeces?.....	136
Fiebres.....	137
No conoces al hombre.....	139
Olímpica.....	140
Fiebres.....	142
Mi pensamiento.....	143
Fiebres.....	144
Ardores.....	146
Impuro.....	149
Fiebres.....	150
Metamorfosis.....	151
Indiferencia.....	153
Fiebres.....	154
Venecia.....	155
Siempre lo mismo.....	157
El Shah de Persia.....	158
Sol poniente.....	159
Fiebres.....	160
Melancolía.....	163
Lujuria.....	166
Fiebres.....	168
No volverán.....	170
Tristezas.....	171
Fiebres.....	176
El cabrero.....	179

	<u>Páginas.</u>
Amar.....	181
A media voz.....	182
A un poeta.....	183
Mis luises.....	185
Engaño descubierto.....	186
Para tí sola.....	188
Fiebres.....	192
Mis versos.....	194
Fiebres.....	195
¡Lucha y vencer!.....	197
Fiebres.....	198
Optimismo.....	200
¡Oh si fueras verdad!.....	201
Fiebres.....	202
El eterno silencio.....	203
Lo que callas.....	204
Te ví una vez.....	205
Fiebres.....	206
Enigma.....	208
Hogar.....	209
Amor.....	210
En tu álbum.....	211
La cosa es clara.....	212
Fiebres.....	213
Ruínas.....	215
Fiebres.....	216
Hojas secas.....	220
Fiebres.....	222
Hierática.....	224

	Páginas.
¡Vuélvete al lienzo!	225
Fiebres.....	226
Día de difuntos.....	228
Otoñal.....	229
Traición.....	230
Porque no creo.....	232
Fiebres.....	233
Delirio persecutorio.....	236
Estaba vivo.....	237
Fiebres.....	238
Mi patria.....	240
Fiebres.....	241
Pagana	245
Napoleón.....	248
Fiebres.....	250
A un ingenio español.....	252
Cementerio de aldea.....	253
Zenea.....	254
Fiebres.....	257
A una cubana.....	258
Funerales regios.....	261
Ilusión	263
A uno que se obstina en ser poeta.....	264
La odalisca.....	267
Nocturno	270
Fiebres.....	273
No habrá paz.....	275
Desde la torre Eiffel.....	276
La eterna profanación.....	277

	<u>Páginas.</u>
La Extremaunción	278
Almas obscuras	279
Venus decrepita	281
Mar muerto	283
Vespertina	287
En alta mar	289
Velázquez	291

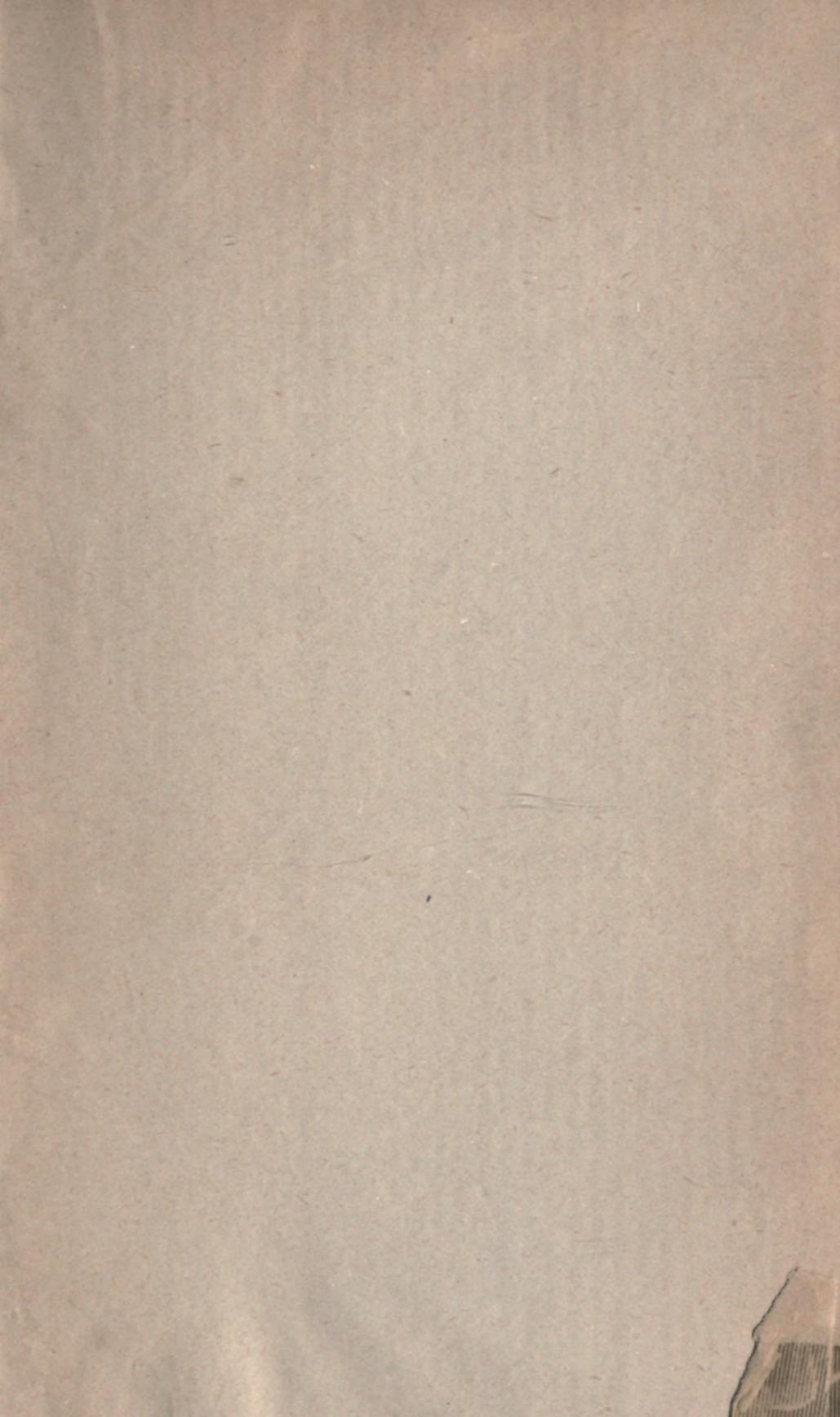
ERRATAS ADVERTIDAS

Página 3. Donde dice: «E bacci e strilli sul'...»
Léase: «E baci e strilli su l'...»

Página 234. Donde dice: «¡Ah, yo conozco el martirio.» Léase: «¡Ah, conozco el martirio.»

Página 282. Donde dice: «Y los hombres pasan, nadie mira.» Léase: «Y los hombres pasan y nadie la mira.»







**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

**Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU**

